LA MISANTROPÍA
Y EL ARREPENTIMIENTO:
DRAMA
EN CINCO ACTOS, EN PROSA,

DEL TEATRO ALEMAN DE *KOTZ-BÜE:*

REFUNDIDO

POR LA CIUDADANA *MOLÉ,*

ACTRIZ DEL TEATRO FRANCÉS;

Y TRADUCIDO FIELMENTE

POR D. A. G. A.

Manuela, e Sumarin.

MADRID:
POR D. FERMIN VILLALPANDO.
AÑO 1800.

Ay! que cruelmente se venga
la virtud ultrajada!

Act. III. Esc. VIII.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

Luego que ví en la Decada Filosófica el analisis del Drama, *la Misantropía y el Arrepentimiento*, concebí los mas vivos deseos de leerle; con tanta mas razon, quanto que hasta entonces vivia persuadido firmemente de que, siendo de la naturaleza que es su argumento, no podia ser jamás bien recibido en ningun teatro culto y delicado, quanto menos aplaudido con el entusiasmo y admiracion que allí se supone. Porque en efecto, decia yo; una mu[illegible] infiel á su esposo, por muy arrepentida que se la quiera suponer, debe ser siempre un espectáculo chocante y vergonzoso que, lejos de interesar á nadie, pone grima al espectador mas imprudente y corrompido; y, quando mas, solo debe excitar en su corazon el desagradable sentimiento de una fria y momentanea conmiseracion. ¿Qué drama, añadia yo, de igual naturaleza se ha visto hasta ahora entre los célebres Dramáticos, tanto antiguos, como modernos? Ninguno: y esto sin duda porque á todos los autores les ha hablado un mismo sentimiento; porque todos han temido ofender el pudor público con semejantes argumentos: pues el hombre, por muy indulgente y licencioso que sea en secreto, es siempre delicado en público, gusta de que se le

trate con circunspeccion, que se le edifique é instruya, no que se le escandalice; quiere hallar que admirar y compadecer en los protagonistas, y nunca que motejar y reprender, quando se trata de presentarle dramas del género sério, qual es *la Misantropía y el Arrepentimiento.*

Tal era mi modo de pensar, y el de quantos críticos han escrito sobre la materia; y jamás habia sospechado siquiera que pudiese presentarse, ni tolerarse en la escena un drama semejante. Pero su lectura me hizo mudar repentinamente de opinion; siendo éste uno de los egemplares que han acabado de convencerme de que la mayor parte de las reglas y distinciones críticas, tan respetadas y proclamadas hasta aquí en poesía, no deben, ni son capaces de fijar los inmensos límites del ingenio, tan fecundo en recursos y rumbos para agradar, admirar y mover al hombre: que aquellas son, y han sido muchas veces unas trabas funestas que han oprimido al ingenio, é impedido sus mas rápidos y gigantes progresos, reduciéndole á una limitada esfera, y á no andar sino por el camino que anduvieron los antiguos: como si estos hubiesen cifrado en sí todos los talentos con que naturaleza puede dotar á sus hijos; ó ésta hubiese derramado exclusivamente sobre ellos sus inagotables tesoros.

No puedo yo expresar todo el efecto que en mi animo hizo la lectura de la *Misantropía y el Arrepentimiento*; solo diré que me resolví desde luego á traducir este drama á nuestro idioma, persuadido de que debe este enriquecerse con una de las mas preciosas producciones de nuestro siglo, y que mas honor hacen á la humanidad. Si este es un elogio desmedido, diganlo las almas sensibles á quienes tantas y tan dulces lagrimas ha costado su representacion. Mas si la prueba de la bondad y excelencia de un drama se debe medir por el efecto que causa á los espectadores en el teatro, ¿no podrá afirmarse, sin exâgeracion, que el de la *Misantropía* no ha tenido ni tiene igual? Yo no me empeñaré en sostener que esta sea la mayor y mas decisiva prueba de su mérito; pero sí diré, que, para formar mi juicio en orden á él, prefiero y preferiré en adelante á todas las observaciones críticas el testimonio del hombre que siente; y que quando el Poeta ha logrado mover á éste hasta el extremo de arrebatarle su admiracion, excitar fuertemente sus varios afectos, arrancarle las lágrimas, y pintarle á sus ojos tan al natural que no pueda menos de conocerse en el retrato y concederle toda su aprobacion: en tal caso debe decirse de él con mucha razon;

Omne tulit punctum....

Esto es cabalmente lo que ha sucedido con la *Misantropía*; y de ello son buenos testigos quantos han presenciado su representacion.

Yo he sido uno de ellos: y si bien produgéron en mí los mismos efectos que en los demas espectadores el fondo y las bellísisimas situaciones de la pieza; no puedo menos de confesar por otra parte lo mucho que me mortificó el verla tan estropeada, manca y cercenada por el traductor del teatro. No es para este lugar hacer una circunstanciada crítica de dicha traduccion en verso, pues deberia abultar mucho mas que ésta; y así solo me contentaré con apuntar sus mas capitales defectos, y manifestar de paso la necesidad de dar al Público, que tan bien ha sabido apreciar el mérito de dicha pieza, una traduccion digna de él, del honor de nuestra literatura, exâcta y correspondiente al mérito del original, y en el mismo estilo en que ha sido escrita, y refundida para la escena francesa, por la célebre actriz la ciudadana *Molé*.

Todos los que hayan leido la pieza francesa saben muy bien que está dividida en cinco actos; y que semejante division nada tiene de arbitraria, sino que antes bien es muy precisa para conservar la verosimilitud teatral en toda la série y progresos de la accion, como tambien la unidad de esta y de lugar en todos y ca-

da uno de los referidos actos. Donde mas palpablemente se vé esta necesidad es en el acto segundo, en el qual es necesario mudar el lugar de la escena, desde las inmediaciones de la quinta á un salon de ésta. Nada es tan natural como dar lugar á esta mutacion por medio de una pausa ó intervalo que forme la division del acto primero y el segundo. Así lo pensó muy juiciosamente y lo practicó la ciudadana *Molé*. Mas el traductor del teatro, sin pararse en estas consideraciones, tan obias como justas, da este primer golpe mortal á la pieza, formando de los dos primeros actos uno solo, y cometiendo el monstruoso absurdo de hacer que los personages muden repentinamente de sitio; lo qual trunca desde luego toda la ilusion teatral.

Lo mismo digo de la reunion que ha hecho del acto quarto y el quinto; pues aunque en estos dos, igualmente que en el primero y tercero, es estable la escena, sirven, no obstante, para dar tiempo á que sucedan los demas lances ó acciones subalternas que preparan el desenlace de la principal, ó á lo menos, para que se figure el espectador que pueden haber sucedido, en virtud de los intervalos que deben mediar entre acto y acto, los quales pueden muy bien equivaler á horas en la mente de aquel. Lo contrario es atropellar la accion en sus partes, violentarla y hacerla

inverosimil; y esto es lo que ha hecho el traductor del teatro.

¿Y qué diremos de la supresion de escenas y de la voluntaria refundicion de unas en otras? Esta es una licencia que se ha tomado mas de una vez el tal traductor, con notable detrimento del plan de la pieza. Sirva de egemplo la escena del primer acto. Abre esta Pedro, (ó *Petters*, como dice el traductor) el qual sale corriendo de la quinta tras una mariposa; la coge, la prende con un alfiler en su sombrero, y con este motivo empieza á hablar consigo mismo. Todo este monólogo es bastante gracioso é interesante, porque en él dá *Pedro* á conocer su carácter sencillo, cándido y amable, y aun anuncia algo de el de *Mad. Miller*, que es quien le envia con un socorro de dinero á la choza del anciano *Tobías*, junto á la qual está el Baron de *Meinau*, con su criado. Vé aquel pasar á *Pedro*, y esto dá motivo á la conversacion que pasa entre el Baron y su criado, en la escena segunda. El traductor se contentó con poner unos quantos versos, bien arrastrados y prosaicos, alusivos á la comision que lleva *Pedro* de ir á socorrer al anciano, los quales no expresan las ideas y gracias del original. Quisiera saber ¿qué causa pudo tener el traductor del teatro para omitir la mayor parte de esta escena? Yo no

veo mas que dos; ó su demasiada precipitacion en traducir, ó el huir el cuerpo á la dificultad que debia costarle copiar bien aquel pasage, pues no deja de tener alguna. Lo mismo hace con la escena octava, sino me engaño, del acto quarto, y aun con algunas otras de este mismo y del quinto, las quales yá suprime del todo, yá las cercena, y yá las refunde ó confunde unas con otras, atropellando el orden de los sucesos, é invirtiendo á veces el de las ideas.

Dejo aparte la excesiva y perjudicial libertad que se toma generalmente dicho traductor en la version de un gran número de pasages. Casi nunca guarda exâctitud en los conceptos; unas veces suprime ideas enteras, por huir el trabajo de traducirlas; otras las altera ó disloca: aquí añade de su cosecha: allí amplifica: acá cercena: acullá pospone ó bien substituye sus expresiones á las del original: de suerte que mas parece remedo, que traduccion de comedia. Y lo mas gracioso de todo es, que á veces se deja traslucir que ha pretendido enmendar la plana al autor de la pieza; operacion que, á ser necesaria, como no lo es, despues del gran trabajo que para su arreglo ha empleado la ingeniosa é incomparable *Molé*, debia dejarla nuestro buen traductor para quien tuviese todo el talento y delicadeza de esta insigne actriz,

la qual seguramente nada ha dejado que desear en la materia al mas rígido y descontentadizo crítico.

Nada diré de la manía de traducir en verso una pieza escrita originalmente en prosa. Esto ha hecho que la diccion salga lánguida y fria, y que casi nunca exprese las ideas y sentimientos con la energía, viveza, rapidez y frescura de colorido que tienen en su original. Pongamos un egemplo. Todo quanto habla el Misantropo es por lo comun breve, fuerte y conciso, porque su carácter es hablar muy poco, y esto sentencioso y lleno de acrimonía; sus palabras son á veces un relámpago, un rayo que despide una nube preñada de electricidad. En estos casos debe el buen traductor poner todo su conato en traducir los conceptos con la mayor exâctitud y precision, y aun con las mismas sílabas que aquellos tienen en el original, si fuese posible. Esto, aunque dificil, es practicable en prosa; mas en verso es sumamente árduo, por no decir imposible, á no componer originalmente en este estilo una mano muy hábil y egercitada. ¿Y qué es lo que le ha sucedido á nuestro traductor? Ha querido expresar muchos de estos conceptos, en que reynan á competencia la brevedad y valentía de la diccion, y como no le cabian en uno ó dos versos solos, ha tenido unas veces que amplificarlos;

otras los ha expresado con voces equivalentes, en lugar de las propias, porque estas no le venian al asonante: y de aquí el ripio, la perifrasis, el *quid pro quo*, y en fin, la languidez, la inexâctitud, la frialdad y la falta de nervio.

¿Hasta quando ha de durar entre nosotros el prurito y ciega rutina de traducir y componer las comedias en verso, quando las demas naciones cultas escriben ya y representan en prosa casi todas las mejores suyas? ¿Será que la prosa no es susceptible de todas las gracias del estilo, y de toda la expresion de los varios afectos del animo? Si la comedia es un quadro fiel de la vida privada de los hombres; si su objeto es copiar al natural sus acontecimientos sérios, funestos, alegres ó ridículos; sus pasiones, sus caprichos; sus modos de tratar y conversar unos con otros sobre los varios negocios é intereses de la vida; ¿qué estilo es mas natural y adequado para pintar y expresar al vivo todo esto que la prosa? Porque al fin en esta conversan siempre los hombres, y no en verso; y la mayor parte de los argumentos de comedia exîgen ser tratados mas bien en aquella, que en este, pues ganan muy mucho en ello por parte de la naturalidad.

Pero no nos detengamos yá mas. Lo dicho basta para dar al Público una idea

en general de la menguada traduccion que de la *Misantropía y el Arrepentimiento* ha dado al teatro su traductor. El que quiera cerciorarse de la verdad de quanto llevo dicho, y de otros muchos defectos que omito, cotege dicha traduccion con el original francés, ó con la que ofrecemos fielmente arreglada y conforme á él; y echará de ver quan trastornada y desfigurada se ha ofrecido al Público dicha pieza. Sin embargo la ha recibido éste con el mayor interés y entusiasmo, y solo ha dejado de asistir á su representacion, quando ésta se ha suspendido; lo qual es una prueba mas de su gran mérito intrinseco; y de que el pueblo (á quien se calumnia de bárbaro y monstruoso, porque asiste á ver representar monstruosidades, quando no le ofrecen otra cosa), es sensible, es justo, y sabe apreciar lo bueno, de qualquier modo que se le presente. A la verdad, si siempre se representasen en el teatro dramas semejantes al de la *Misantropía y el Arrepentimiento*, á él deberia acudir como á verdadera escuela de las costumbres públicas, seguro de hallar en él la mas culta, útil y racional diversion.

PREFACIO DE LA CIUDADANA MOLÉ.

Dificil me seria expresar el entusiasmo que en mí produjo el fondo de la pieza, la Misantropía y el Arrepentimiento. *A esta sensacion debo la fortuna de haber adquirido la traduccion de* Bursay, *y de poder presentar al Público una obra, cuyo éxîto ha colmado mis deseos.*

Mas, á pesar del gran interés que inspiran los principales personages de este drama, y aun las primitivas bellezas que he conservado con esmero, era imposible presentarle en la escena Francesa, tal como entonces se hallaba. Sentia, por tanto, dejar sepultada en el olvido una de las producciones teatrales que mas lágrimas me habia hecho derramar: juzgaba, por lo que en mí habia experimentado, las sensaciones que deberia producir en todas las almas sensibles; y me reprendia á mí misma el haber de ocultar á mis compatriotas (pues entonces creía firmemente que la pieza solo habia sido traducida por mi amigo Bursay) *unos placeres, que son capaces de apreciar mejor que todos los pueblos del universo.*

A esto se redujeron mis pretensiones. No he tenido el orgullo de pasar por autora; pues el trabajo que he hecho y de que

voy á dar cuenta sucintamente (solo con la mira de responder á algunas críticas injustas) pocos le conocen bien , y jamas llegará á ser enteramente conocido del Público; puesto que ciertos pormenores , que para mí serian satisfactorios , no podrian dejar de ser demasiado prolijos , y le parecerian acaso minuciosos.

Debo añadir , que si imprimo esta obra, es por condescender con las vivas instancias que se me han hecho diariamente , y asimismo porque el Público no carezca de la lectura de un drama , al qual ha dado tan favorable acogida. Espero que, despojada de toda vanidad , mereceré alguna indulgencia de mis lectores , y del mismo Público , cuya benignidad experimento todos los dias en calidad de actriz.

Volvamos á la Misantropia y el Arrepentimiento. *En vista del gran fondo de ingenio y talento que hallaba en esta obra, manifesté el manuscrito á algunos de los célebres actores , compañeros mios: fueron de mi opinion , y me hicieron el honor de encargarme refundiese la obra.*

Luego que me puse á trabajar en ella, confieso que me arredró su mas profundo exâmen. Lo menos que habia que censurar eran las negligencias de estilo ; aun eran mas chocantes las incongruencias , y aun las inmoralidades que jamás hubiera podido to-

lerar un público tan justo como delicado; pues Eulalia, *tan interesante aora, porque yo la he hecho víctima de la inexperiencia y la seduccion, solo es en la traduccion una muger liviana, caprichosa, que se ha dejado seducir de la vanidad y de otros motivos acaso menos excusables. La severidad de nuestras costumbres sin duda no hubiera sufrido en la escena una persona tan culpable, ni se hubiera interesado á favor de ella, á pesar de sus remordimientos.*

En el discurso de la obra se hallan continuamente cosas accesorias que distraen, y por consiguiente perjudican al interés principal: como, por egemplo, ciertas escenas en que se fuma; otras en que el Conde, no habiendo aun mudadose vestido despues de salir del agua, viene todo calado á decir frias chocarrerias sobre el chasco que le acaba de suceder; una eterna é impertinente criaduela, que en quatro largas escenas dice á todo el mundo los mas fastidiosos despropósitos. De todas estas escenas conservé la mas corta y menos mala; pero á la segunda representacion me ví precisada á suprimirla.

Al hacer estas correcciones era preciso no perder de vista el enlace de los acontecimientos y de las escenas, lo qual fue para mí un nuevo trabajo; pues me era indispensable procurar imitar el estilo de otro, para que la obra guardase uniformidad.

Mi amigo Bursay *tenia demasiado talento para no haber conocido los defectos que disfiguraban esta hermosa obra, y seguramente los hubiera corregido si hubiese tenido designio de hacerla representar en Francia: empero vivia en un pais, en el qual seguia las costumbres Alemanas; y, sin duda por no chocar con ellas, se contentó con la qualidad de traductor.*

El Público se ha dignado dar buena acogida á los esfuerzos que he hecho por agradarle; y me glorio de ofrecerle aora el justo tributo de mi reconocimiento.

Cumplido este deber, me acusaria á mí misma de ingratitud, sino hiciese justicia á mis compañeros, que tan dignamente han cooperado al desempeño de la Misantropía y el Arrepentimiento.

¡Oh Saint-Fal! *¡qué profundidad de ingenio desplegas en el dificil papel de* Meinau *! Ya adusto, ya impetuoso, y ya sensible, has creado un nuevo género; y la perfeccion que das á este personage agreste, ha hecho ver que nadie puede aspirar mas justamente que tú, á reemplazar al Nestor de los talentos. Aquellos á quienes seduce tu alegria en el papel del honrado y zafio* Laroche, *del* Mediocre *y del* Abatido, *y los que te admiran en el desventurado* Meinau, *deben conocer quan bien sabes variar los caractéres; y esto es un nuevo lauro para tu corona.*

El decoro, el candor, la actitud de un gran pesar, y sucesivamente el acento de la desesperacion, y el cruel remordimiento de un alma vivamente penetrada de su crimen; he aquí lo que la interesante Simon *desempeña con tanta fuerza y energía en el papel de* Eulalia: *las dulces lágrimas que derraman con placer todos los espectadores sensibles, son un tributo bien lisongero que recibe de ellos.*

¡Con qué patética sencillez representa el ciudadano Naudet *el papel de* Tobías! *Se vé en él desde luego la efusion del corazon, dulcemente transmitida por un órgano flexîble al alma del espectador, que toma parte con el buen anciano en el agradecimiento de que éste se halla penetrado y expresa con tanto calor y verdad.*

¡Qué amable alegria comunica al personage de Walberg *el ciudadano* Grandménil. *Este papel poco importante en sí mismo, representado por él, derrama cierto hechizo por toda la obra; y á su primer salida parece que su presencia era necesaria para hacer descansar un momento al espectador de las sensaciones que le habian causado las tiernas escenas que han precedido á su llegada.*

El ciudadano Dorsan *ha hecho ver en el papel del* Mayor, *que se puede variar los sentimientos de amor y los de amistad, los consejos de la razon, y combatir los obstáculos que oponen las preocupaciones: tiene bien*

merecidos los aplausos que ha recibido.

El ciudadano Picard, *este actor, tan querido del Público por su talento, como por su ingenio, da cierta bondad interesante al papel de* Frantz, *y esta oposicion forma un delicioso contraste en las escenas entre él y* Meinau, *en que* Saint-Fal *desplega con tanto acierto toda la aspereza de la misantropía.*

El ciudadano Habert *remeda excelentemente la ridícula presuncion de un mayordomo Aleman, en el papel de* Bitterman.

¡Y mi buen Pedro! *¡qué alegria tan hechicera! ¡qué franca es y que ingenua! Joven* Beffroy, *la aurora de tu talento es harto interesante; y á vista del amor que manifiestas á tu arte, se puede congeturar, sin temor de engañarse, que serás dentro de poco tan apreciable para el Público, como le eres agradable al presente.*

Tantos talentos reunidos, y el esmero que se ha puesto en los ensayos, han producido el gran conjunto que solo se halla en la Comedia Francesa. Así la egecucion parecia satisfacer de tal suerte al Público, que su afluencia se aumentaba á cada representacion: satisfaccion la mas preciosa y grata á mi corazon, y al de todos los actores que han contribuido al buen éxito de la obra.

LA MISANTROPÍA

Y EL ARREPENTIMIENTO.

ACTORES.

EL BARON DE MEINAU, *incógnito.*
EL CONDE DE WALBERG, *General retirado.*
DE HORST, *Mayor de un Regimiento Aleman, al servicio de la Francia, y hermano de la* CONDESA.
BITTERMAN, *Mayordomo del* CONDE.
TOBÍAS, *viejo aldeano.*
FRANTZ, *criado del* BARON, *y hombre de edad madura.*
EUGENIA, *niña de quatro á cinco años.*
LA CONDESA DE WALBERG.
EULALIA, *con el nombre de* MAD. MILLER.
PEDRO, *hijo de* BITTERMAN.
UN NIÑO, *de quatro á cinco años.*
UNA NIÑA, *de tres á quatro años.*
UNA CRIADA.
ALGUNOS DOMESTICOS.
UN POSTILLON.
} PERSONAGES *que no hablan.*

La Escena, durante el primero, tercero, quarto y quinto acto, es en el sitio campestre indicado al principio de la pieza. En el segundo acto es en un salon de la quinta.

LA MISANTROPÍA
Y EL ARREPENTIMIENTO.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un sitio campestre. Dejase ver la Quinta en un parage elevado y á lo lejos, á la derecha de los actores. En el fondo, ácia la izquierda, se divisa, en medio de una colina, una pobre choza entre algunos árboles que la cubren. En el mismo lado, al pie de la colina, empieza una fila de árboles que guia á la morada del Baron. Sobre la derecha, ácia el tercer bastidor, hay una especie de pabellon, del qual solo se vé una parte, y en el que se puede entrar.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO *que viene de la Quinta, corriendo tras una mariposa, que al fin coge.*

¡Ah! Ya te pillé. ¡Qué bonita es! (*pasala con un alfiler y la pone en el sombrero*). ¡Ola! vamos que no soy tan zafio, por mas que mi padre me esté siempre diciendo, ¡oh qué tonto! – No, no es tan tonto Perico: á ver

si ha clavado en su sombrero una cosa con que ha de hacer correr tras él á todas las muchachas del lugar! Mi padre siempre quiere ser tan sesudo! Siempre quiere saberlo todo, mejor que nadie! Tan pronto dice que habló mucho, tan pronto que habló poco; y si alguna vez hablo solo, dice que soy un necio. A mí me gusta hablar solo; porque yo me entiendo bien, y no hago burla de mí, como suelen hacerla los demas. ¡Eh! es muy mala maña burlarse de la gente. Por fin, quando lo hace Mad. Miller, pase; porque es tan buena, tan cariñosa, tan graciosa. Aunque me regañase tendria gusto en oirla, así como le tengo en verla. Oh! esto es mucha verdad. (*vase dando saltos, y luego vuelve pies atrás*) Tate! ya casi se me olvidaba á lo que he venido: si esto sucediese, ¡quánto habria luego que reir á mi costa! (*saca un bolsillo*). Aquí está el dinero que llevo al viejo Tobías. Mad. Miller me ha encargado mucho que á nadie diga nada. ¡Oh! bien puede perder cuidado; no saldrá una palabra de mi boca. Es muy guapa Mad. Miller. ¡Oh! sí, muy guapa.—Pero tambien es una tonta; sí muy tonta: porque, como dice mi padre á cada paso, (*tomando un tono de suficiencia, qual es el de su padre*) »el que gasta su dinero es un indiscreto; y el que lo da merece le pongan en una jaula.»

ESCENA II.

PEDRO, *el* BARON, *y* FRANTZ.

Adelantase el BARON, *los brazos cruzados y cabizbajo; vé á* PEDRO, *se pára y le mira con desconfianza.* PEDRO *permanece un momento delante del* BARON, *con la boca abierta, se quita el sombrero, le hace una reverencia groséra, y se va á la cabaña.*

BAR. ¿Quién es ese jóven?
FRANTZ. Es el hijo del Mayordomo.
BAR. ¿De la Quinta?
FRANTZ. Sí Señor.
BARON, *despues de un rato de silencio.*
Ayer tarde me hablabas...
FRANTZ. Del viejo aldeano.
BAR. Es verdad.
FRANTZ. Usted nada respondió.
BAR. Vuelveme á hablar de él.
FRANTZ. Es pobre.
BAR. ¿De qué lo sabes tú?
FRANTZ. El lo dice.
BAR. ¡Oh! El lo dice! ¡Qué bien saben quejarse...
ERANT. ¿Y engañar?
BAR. Tú lo has dicho.
FRANTZ. Pero este, no Señor.
BAR. ¿Y por qué no?
FRANTZ. Esto se siente mejor que se explica.

BAR. ¡Qué necio eres!

FRANTZ. Un necio sensible vale mas que un sabio indiferente.

BAR. Eso no es verdad.

FRANTZ. Los beneficios engendrán reconocimiento.

BAR. Eso no es verdad.

FRANTZ. Hacen mas dichoso al que dá, que al que recibe.

BAR. Eso es verdad.

FRANTZ. Usted es benéfico.

BAR. ¿Yo?

FRANTZ. He sido testigo de ello cien veces.

BAR. Un hombre benéfico es un fatuo.

FRANTZ. ¡Oh! por ser benéfico no.

BAR. Los hombres nada merecen.

FRANTZ. La mayor parte de ellos no; pero...

BAR. Son hipócritas.

FRANTZ. Engañosos.

BAR. Lloran delante de los otros.

FRANTZ. Y se rien detrás.

BARON, *con amargura.*

¡Vé ay lo que son los hombres!

FRANTZ. Mas en esto hay excepciones.

BAR. ¿Donde?

FRANTZ. Por egemplo, el aldeano.

BAR. ¿Se ha quejado á tí de su desgracia?

FRANTZ. Sí, Señor.

BAR. El verdadero desgraciado jamas se queja... Pero acaba, dímelo todo.

FRANTZ. Se vé privado de su hijo único.

BAR. ¿Cómo?

FRANTZ. Sentó plaza, por proporcionar algun alivio á su padre, que se veia agovido de miseria.

Al oir esto, mira el BARON *á* FRANTZ, *el qual prosigue:*

El buen anciano recibió, con harto pesar suyo, el precio de la libertad de su hijo; y, apurado yá este corto socorro, se vé en la suma indigencia; está enfermo, abandonado...

BAR. Yo nada puedo hacer por él.

FRANTZ. Usted puede mucho.

BAR. ¿De qué modo?

FRANTZ. Con algun dinero rescataria á su hijo.

BAR. Yo quiero ver á ese anciano.

FRANTZ. Hará usted bien.

BAR ¿Y si miente?

FRANTZ. No miente, Señor.

BAR. ¡No miente!... ¡Oh los hombres!... Los hombres!... ¿Está en esta cabaña?

FRANT. Sí Señor; en esa cabaña.

Entra en ella el BARON.

ESCENA III.

FRANTZ, *solo.*

Es el mejor de los hombres: pero en su compañía se le olvida á uno el hablar. No le puedo comprender. ¿Se presenta á

sus ojos alguna cara desconocida? Su modo de recibir es aducto, duro; y sin embargo ningun infeliz se aparta de él sin haber alcanzado algun socorro de su mano. Tres años ha que le sirvo, y aun no sé quien es. Es un misántrópo; no hay la menor duda: pero su misantropía es preciso que sea efecto de algun infortunio: este odio á los hombres está en su cabeza; pero no en su corazon.

ESCENA IV.

FRANTZ, *el* BARON *que sale de la cabaña, y detras de él* PEDRO.

BARON, *volviéndose á* PEDRO.

Y bien; qué me quieres tú?

PED. Nada, Señor; yo....

BAR. ¡Qué fatuo!

FRANTZ *al* BARON.

FRANTZ. ¿Tan presto de vuelta?

BAR. ¿Qué tengo yo que hacer allí?

FRANTZ. Ya habrá usted hallado como le he dicho verdad?

BAR. He hallado.... á ese bribonzuelo.

FRANTZ. ¿Qué tiene él que ver con la beneficencia de Vmd?

BAR. Está de acuerdo con el anciano.... ¡Cómo se reirian de mí si hubiesen logrado engañarme!

FRANTZ. ¡Cómo ! creerá usted....

BAR. ¿Qué hacian juntos ese jóven y el anciano?

FRANTZ, *sonriéndose de la desconfianza de su amo.*

Facil es que lo sepamos. Amigo, (*á* PEDRO) ¿qué tenias que hacer en esa cabaña ?

PED. ¿Qué tenia que hacer ? Nada.

FRANTZ. ¿Pues qué fuiste á ella para nada?

PED. ¿Y por qué no? Está bueno ; fuí á ella para nada. ¿Qué se ha de hacer uno pagar todo quanto hace ? Quando Mad. Miller me hace algun cariño , al punto corro á servirla de valde ; por servirla me tiraria yo á los fosos de la Quinta.

FRANTZ. ¡Ola ! ¿Con qué es Mad. Miller quien te ha enviado?

PED. Oh! ¿quiere usted saberlo ? Pues no , no me lo hará decir.

FRANTZ. Y porque no?

PEDRO, *imitando la voz de Mad. Miller.*

Anda , vé , Periquito mio ; pero cuidado que nadie sepa nada... Vé , mi Periquito, vé.... ¡Oh! esta voz tan dulce me llega al corazon; bien puede contar con que haré siempre quanto me mande.

FRANTZ. Ah! eso ya es otra cosa. En tal caso conviene que seas reservado.

PED. Oh! ya se vé que lo soy. Bastantes veces le dige á Tobías que no pensase era Mad. Miller quien le enviaba el dinero ; y en mi

vida se lo diré á nadie.

FRANTZ. Bien hecho. ¿Y le has llevado mucha cantidad?

PED. No lo he contado; ello iba en un bolsillo. Creo que es todo lo que tiene ahorrado en quince dias.

FRANTZ. Cómo? precisamente en quince dias?

PED. Si señor, porque cabalmente hace quince dias que le llevé dinero; y la semana antes tambien. No puedo decir el dia fijo; pero me acuerdo que era dia de fiesta, porque tenia yo puesto mi vestido nuevo.

FRANTZ. Y todo ese dinero era de Mad. Miller?

PED. Mucho que era; de quien habia de ser?... No, mi padre no es tan tonto: dice que se debe guardar lo que uno tiene; y que en verano, principalmente, no se debe dar limosna: porque en este tiempo hace crecer la providencia bastantes raices y plantas para el sustento del hombre.

FRANTZ. ¡Qué amable es tu padre!

PED. Pues Mad. Miller no hace caso de eso: da todo quanto puede; y aun hace mucho mas.

FRANTZ. Pues qué hace?

PED. Quando estaban malos los hijos de Lise la vieja, me quiso enviar Mad. Miller allá bajo, á la aldea, á casa de la vieja Lise; pero mi padre dijo clarito que no queria dejarme ir allá, porque hacia mucho frio;

y yo tampoco tenia gana de ir; porque decian que estaban asquerosos los chiquillos...

FRANTZ. Y qué hizo Mad. Miller?

PED. ¿Qué hizo? Toma, allá se fue; se puso á cuidar de aquellos chicos tan feos, y á charlar con ellos, como si fuesen suyos.

FRANTZ. ¡Singular muger!

PED. Oh! si Señor que lo es! Y á veces es muy estraña. Se está llorando todo un dia, sin saber por qué. Y si yo pudiera ver todo esto sin entristecerme, vaya: pero quando llora ello es que no puedo atravesar un bocado: no hay remedio, que quieras que no, lloro yo tambien.

FRANTZ. *dirigiéndose al* BARON *que, durante todo este diálogo, ha estado sentado sobre unos cespedes leyendo y escuchando á veces.* ¡Y bien señor! ¿Queda vmd. satisfecho?

BAR. Despide á ese hablador.

FRANTZ. A Dios, Periquillo mio.

PED. ¿Qué quiere usted ya irse?

FRANTZ. Yo nó: pero Mad. Miller esperará que la lleves la respuesta.

PED. Ah! sí: ¡qué diantres! tiene usted razon.

Saluda al BARON, *el qual solo le responde inclinando la cabeza.* A Dios Señor. Sin duda está enfadado (*A* FRANTZ, *hablándole bajo*) porque no me ha podido sacar palabra.

FRANTZ. Yo creo que sí.

PEDRO, *yéndose.*

¡Oh! no soy yo ningun parlanchin.

ESCENA V.

El BARON *y* FRANTZ.

FRANTZ. ¿Y bien Señor?

BAR. ¿Qué es lo que quieres?

FRANTZ. Ya vé usted como era injusta su desconfianza.

BAR. ¡Oh!

FRANTZ. ¿Podrá usted dudar todavía?

BAR. No quiero oir yá nada. (*levantandose y hablando con enfado*). ¿Quién será esta Mad. Miller? ¿Qué será que su nombre ha de venir siempre á resonar en mis oidos? Aunno la he visto; pero donde quiera que voy ha estado ella primero.

FRANTZ. Eso debe agradaros.

BAR. ¡Agradarme!

FRANTZ. Sin duda: os debe causar placer que aun haya en el mundo algunas almas benéficas.

BAR. ¡Oh! sí por cierto.

FRANTZ. Debia usted procurar conocerla.

BAR. ¡Conocerla! (*con ironía*).

FRANTZ. Conocerla, sí señor. Una sola vez la he visto en el jardin: es una hermosa muger.

BAR. Tanto peor: la hermosura no es mas que

una mascara engañosa.

FRANTZ. Pues la suya me parece que es un retrato de su bella alma. Su beneficencia...

BAR. ¡Eh! no me hables mas de su beneficencia. Todas las mugeres intentan deslumbrarnos y sorprendernos, ó con algunas prendas sobresalientes, ó con algunas rarezas. Esa será acaso una sagaz hipócrita.

FRANTZ. Mas siempre que el bien se haga ¿qué importa el motivo?

BAR. No deja de importar.

FRANTZ. Por lo menos es indiferente para el pobre anciano.

BAR. Tanto mejor; podrá pasarse sin mi socorro.

FRANTZ. Eso es lo que falta saber.

BAR. ¿Pues qué?...

FRANTZ. Mad. Miller habrá podido socorrele sus mas precisas y urgentes necesidades: ¿pero le ha dado, ha podido darle lo bastante para rescatar al báculo de su vegez?

BAR. Calla. No tengo que darle... Mucho te interesas por ese anciano. ¿Si estarás de acuerdo con él?

FRANTZ. ¡Señor!... Esa idea no se la dicta á usted su corazon.

BARON, *en tono bondadoso, y alargando á* FRANTZ *la mano.*

Perdonamela.

FRANTZ, *besandole la mano.*

¡Mi pobre amo! Preciso es que le hayan

burlado á usted cruelmente los hombres, para haber llegado á inspirarle esa horrible misantropía, é infundir en su corazon esa tremenda desconfianza de toda virtud y probidad.

BAR. Bien has dicho. Dejame.

Vuelve á sentarse, toma el libro, y se pone á leer.

FRANTZ. Hetele otra vez sumergido en su lectura: así pasa sus dias. Para él no tiene hechizos la naturaleza, ni atractivo alguno la vida. En tres años no le he visto sonreirse una sola vez. ¿En que parará esto? ¿En un succidio?... Harto me lo temo... ¿Si pudiera aficionarse á alguna criatura viviente?... ó á lo menos cultivar flores?... Pero nada: lee, y no trata de otra cosa; y si despliega los labios, es para prorrumpir en un torrente de imprecaciones contra el género humano.

BARON, *leyendo en alta voz.*

»Allí (en la soledad) todo se renueva en nuestra idea; se vuelven á abrir las antiguas llagas: y quanto en los pasados tiempos habia hecho violenta impresion en nuestras fibras, y dejado profundas huellas en nuestra imaginacion, viene á ser un fantasma que nos persigue y atormenta incesantemente.»

ESCENA VI.

Los MISMOS *y* TOBÍAS, *que sale de su choza.*

FRANTZ. Ese autor tiene razon: y, segun he oido decir, justamente por eso se debe huir de la soledad, y es mejor, distraherse en el torbellino de los placeres, ó de los negocios.

El BARON *no le escucha, y prosigue su lectura.*

TOBÍAS, *saliendo á la escena.*

¡Oh qué gran bien es disfrutar las benignas influencias del sol, despues de siete largas semanas!.. Enagenado de alegria casi iba yá á olvidarseme el dar gracias al Criador.

Se quita el sombrero, mira al cielo y ora en silencio. El BARON *baja su libro y mira á* TOBÍAS *atentamente.*

FRANTZ *al* BARON.

Este anciano logra bien pocos gustos en la tierra; y sin embargo da gracias á la Providencia por lo poco que le concede.

BAR. Porque la esperanza jamas abandona á los hombres, sean de la edad que fueren.

FRANTZ. Tanto mejor. La esperanza es el hechizo de la vida.

BAR. Es el manantial á todos nuestros errores.

Acercase TOBÍAS *á la orilla del teatro.*

FRANTZ. Os felicito, buen hombre. A lo que veo, acabais de libraros de las garras de la muerte.

TOB. Por esta vez, sí señor: Dios, y los socorros de la mejor muger han prolongado mi vida, acaso por algunos años.

FRANTZ. Pues en verdad que me parece sois de edad abanzada.

TOB. Estoy rayando en los setenta y dos. No me resta yá satisfaccion alguna en la tierra... Pero aun hay otra mejor vida.

FRANTZ. Casi deberiais quejaros de la suerte, pues estando tan cercano al sepulcro, os vuelve á echar al mundo. Porque la muerte no es un mal para los desgraciados.

TOB. ¿Pues qué tan desgraciado soy? ¿No gozo de la belleza de esta mañana? ¿No he recobrado la salud? Creedme, un convaleciente que respira por primera vez el aire libre y puro, es, á lo menos en este momento, la mas feliz criatura que alumbra el sol.

FRANTZ. Pero ese es un bien que la costumbre hace menos sensible y apreciable.

TOB. Sí por cierto; mas no en la vegez. En esta edad se goza de la salud con economía. He padecido mucho, y aun padezco todavía; mas no por eso me seria menos sensible la muerte. Quando mi padre me dejó, hace quarenta años, esa choza, estaba yo en la flor de mi edad. Caseme con una muger ac-

tiva, afable y bondosa. Dios bendijo mi casa, y me dió cinco hijos. Esta dicha duró diez ó doce años. Perdí dos de mis hijos; y sufrí esta pérdida con resignacion. Sobrevino una gran carestía; mi esposa me ayudó á soportarla: pero quatro años despues me la llevó Dios; y bien presto no me quedó de mis cinco hijos mas que uno solo. Todos estos golpes vinieron á herirme casi uno tras otro. Mucho tiempo tardé en recobrarme de tanta tribulacion; pero al fin el tiempo y mi sumision á la divina Providencia hicieron su efecto. Cobré el gusto á la vida; mi hijo creció en edad y en fuerzas, y me aliviaba en mis fatigas... Mas al presente me veo privado de esta cara prenda: ha sentado plaza, se ha sacrificado por mí, llevado de una generosa imprudencia. Este último golpe me ha arrebatado mi único consuelo, mi solo apoyo: no puedo yá trabajar, soy viejo y débil; y á no ser por Mad. Miller, habria de perecer de hambre.

FRANT. ¡Y sin embargo teneis aún apego á la vida?

TOB. ¿Porque no, mientras quede en el mundo un sér que interese á mi corazon? ¿No tengo un hijo todavía?

FRANT. ¿Quién sabe si le volvereis á ver?

TOB. Pero á lo menos vive en mi pensamiento, y sostiene mi exîstencia. Y dado que estuviese condenado á no verle mas, espe-

raria el fin de mis dias, sin desearle. Porque aun me queda aquella choza que veis, y en la qual nací: ved allí todavía un viejo olmo, que ha crecido conmigo... y, casi me averguenzo de confesarlo, tambien tengo mi viejo y querido Leal.

FRANTZ, *sonriéndose.*

¡Un perro!

TOB. Sí Señor, un perro. Riase usted quanto quiera. Mad. Miller, esa muger que es la misma bondad, vino un dia á mi choza; mi viejo Leal se puso á ladrarla luego que la vió entrar: "porque, me dijo, con„serva usted este animal, quando apenas „tiene pan que comer." ¡Buen Dios! le respondí, ¿quién me amára, si me deshago de él?

FRANTZ, *al* BARON *que está distrahido.*

Perdoneme usted, mi querido amo, si le interrumpo en su distraccion: me alegrara hubiese usted oido....

BAR. Todo lo he oido.

FRANT. Pues bien, yo quisiera que este anciano pudiese servirle á usted de egemplo.

BARON, *despues de algun silencio, dándole el libro.*

Toma, vuelve ese libro al pavellon, y abre las ventanas que dan á la pradera.

Hecho esto, se dirige con prontitud á TOBÍAS, *luego que ha desaparecido* FRANTZ.

¿Quanto os ha dado Mad. Miller?

TOB. ¡Ah! Esa buen alma, esa alma angelical me ha puesto en estado de poder ver tranquilamente la llegada del próximo invierno.

BAR. ¿Nada mas?

TOB. ¿Y por qué mas? Yo bien quisiera llegar á ponerme en estado de rescatar á mi pobre Ernesto: pero la buena Mad. Miller ha hecho todo quanto puede hacer.

BARON, *poniéndole en la mano un bolsillo.* Tomad; rescatad á vuestro hijo.

Marchase al instante, y se dirige á su habitacion.

ESCENA VII.

TOBÍAS, *solo y admirado.*

¿Qué, qué es esto? (*Abre el bolsillo, se quita el sombrero y mira un instante al cielo.*) ¡Monedas de oro!... ¡Oh Dios!

ESCENA VIII.

TOBÍAS, *y* FRANTZ.

TOBÍAS, *adelantandose ácia* FRANTZ.

Ved, ved, amigo mio; jamas falla la confianza en Dios. (*enseñandole, el bolsillo.*) ¡Qué dón del cielo!...

FRANTZ. Os felicito, buen hombre: ¿mas quién os ha dado eso?

TOB. Vuestro buen amo... El cielo le recompense algun dia como merece.

FRANTZ. ¡Hombre singular! Para eso me hizo llevar el libro: no queria testigo alguno de su buena accion.

TOB. Ni aun quiso que le diese las gracias; yá estaba lejos de mí quando pude hablar.

FRANTZ. ¡Ah! cómo conozco en esto su bella alma!

TOB. A Dios, amigo, á Dios. Voy corriendo, quanto me lo permita mi vegez. Voy á rescatar á mi hijo. ¡Quánto se alegrará el buen jóven quando vuelva á ver todo lo que ama! Porque habeis de saber que estaba para casarse. ¡Qué alegria! ¡Qué favor de la Providencia. ¡Ah! dignese colmar de beneficios á ese hombre generoso. Decidle que voy á ocupar el resto de mis dias en rogar al cielo por su felicidad. Y ¿quién puede as-

pirar á ella, con mas justo título, que el hombre benéfico, tan semejante á la Deidad?

Sale por el lado opuesto á su cabaña.

ESCENA IX.

FRANTZ, *solo.*

¡Que no sea yo rico! En ocasiones como esta es quando debe envidiarse la facultad de poder hacer felices.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salon de la Quinta.

ESCENA PRIMERA.

EULALIA *sola, con una carta abierta en la mano.*

¡He aquí lo que me aflige!... Yo me hallaba tan bien con la soledad; sin embargo de que no siempre se halla el reposo en el alma del solitario... Infeliz Eulalia! los destrozadores remordimientos te seguirán á todas partes, yá estés en el claustro, ó yá en el desierto... Pero á lo menos quando su peso oprimia tu corazon, podias llorar á tu salvo, y nadie te preguntaba la causa de tu llanto; podias andar errante por los valles, por los campos, sin que ninguno echase de ver que cedias á la cruel agitacion de una conciencia culpable, que es tu perenne verdugo... Van á venir y confundirme en su compañía: me será forzoso hablar, reir, tomar parte con ellos en las diversiones de un paseo ruidoso, de un juego frívolo... (*Mirando la carta*). No me dicen si este viage es solo antojo, capricho de un momento; ó si

tienen el proyecto de permanecer aquí algun tiempo : si esto sucede, á Dios hechizo de la agradable melancolía, que en algunos momentos restituia la paz á mi corazon... A Dios mis queridos libros... Y tú, noble y generosa Condesa, tú me vas á agobiar aun mas con los testimonios de tu amistad, de tu estimacion; al paso que á cada instante me acordaré, sentiré quan indigna soy de ellos. ¡Oh qué tormentos tan terribles, como bien merecidos!.... Pero otra idea me agita y asusta mas. Si esta Quinta llega á ser punto de reunion de los amigos de la Condesa y de su esposo; si hace la casualidad que me encuentre con alguna de las personas que me han conocido en otro tiempo... ¡Ay! qué desgraciado es el hombre, aun quando solo haya en todo el universo una persona cuya vista deba recelar!

ESCENA II.

EULALIA y PEDRO, *corriendo.*

PED. Aquí me tiene usted yá.

EUL. ¿De vuelta?

PED. ¡Toma! yo siempre ando listo; y en el camino he atrapado una mariposa; sin contar con un buen rato que he estado charlando.

EUL. Eso pase, si ha sido con discrecion.

PED. ¡Oh! Dios me libre de otra cosa. Ya se lo dige bien dicho á Tobías, que en su vida sabria que el dinero era de usted.

EULALIA, *sonriéndose.*

¡Brabo! ¿Y el buen anciano está yá perfectamente restablecido?

PED. ¡Oh! perfectamente. Oy quiere salir á tomar el aire por primera vez.

EUL. ¡Bendito sea Dios!... (*hablando consigo misma.*) ¡Qué inocencia!... La satisfaccion que yo experimento ¿no se parece á la de una persona que, debiendo millones, acabase de pagar un maravedí de su deuda?

PED. Me decia que todo se lo debe á usted; y que oy mismo quiere venir acá, aunque sea arrastrando, para echarse á sus pies.

EUL. Querido Pedro, quieres hacerme un favor?

PED. ¡Oh Dios mio! ciento, quanto mas uno.

EUL. Ten cuidado quando haya de venir el anciano Tobías, y no le deges subir. Dile que no tengo tiempo para recibirle, que estoy enferma, durmiendo; todo lo que tú quieras.

PED. Está bien; y si no quisiere irse, le sacaré por un brazo.

EUL. Dios te libre de eso! Guardate de hacerle el menor mal, de causar el menor disgusto al buen anciano.

PED. ¡Ay! mi padre viene; voy á ponerme en acecho.

ESCENA III.

EULALIA *y* BITTERMAN.

BIT. Buen dia, mi graciosa Mad. Miller; tengo la mas honrosa satisfaccion en ver á usted tan buena. Parece que me ha enviado usted á llamar; regularmente habrá algunas novedades. Yo por mi parte tengo cartas..

EUL. En efecto, me estimado M. Bitterman, usted tiene correspondencias con todo el mundo.

BIT. Por lo menos las tengo seguras en las capitales de Europa.

EUL. Creolo así: mas dudo que usted sepa lo que debe suceder oy en esta Quinta.

BIT. ¿Aquí? En esta Quinta? Yo creo que nada importante.

EUL. Pues sepa usted que oy vienen á ella los amos.

BIT. ¿Como ¿quien? S. E.? El SeñorConde?,..

EUL. Sí Señor: oy por la mañana viene, con su esposa, y con su cuñado, el Mayor de Horst.

BIT. ¿De veras?

EUL. Ya sabe usted, Bitterman, que yo jamas gasto chanzas.

BIT. Pedro... Santo Dios! S. E. en persona!... y mi señora la Condesa!... y el señor Ma-

yor!... Y aquí nada hay dispuesto para recibirlos! Pedro, Pedro.

ESCENA IV.

Los MISMOS *y* PEDRO.

PEDRO *que llega corriendo.*

Mande usted, ¿qué es lo que ocurre?

BIT. Junta toda la gente: haz buscar al guarda del bosque; que envie un cabrito á la cocina de S. E. A Lise, que barra los aposentos; que limpie los espejos, para que la Señora pueda mirarse á su gusto en ellos: que mate el cocinero un par de capones: á Juan, que vaya á traher unos barbos del estanque; y Federico que se dé priesa á componer mi peluca la buena. (*Vase* PEDRO.)

ESCENA V.

EULALIA *y* BITTERMAN.

EUL. Antes de todo haga usted aderezar las viviendas de los amos.

BIT. Muy bien, mi graciosa Mad. Miller; yo mismo voy á ocuparme en ello inmediatamente. ¡Qué diantre! El quarto verde está ocupado: ¿donde podré acomodar al Señor Mayor?

EUL. Dele usted el quartito encarnado, que está encima de la escalera; es bastante cómodo, y tiene vistas agradables.

BIT. Perfectamente, mi buena Mad. Miller: pero ese quarto siempre ha estado destinado para el Secretario del Señor Conde. Me ocurre una idea. ¿Ha visto usted la casita que está al estremo del parque? Allí acomodarémos al Secretario.

EUL. Querido Bitterman, ¿no sabe usted que la habita el extrangero?

BIT. Y qué importa el extrangero? Será preciso que salga de ella.

EUL. Eso seria injusto; la ocupa con el permiso de usted, y creo que le paga generosamente el alquiler.

BIT. Convengo en eso, me paga muy bien; y esta corta adeala no es de despreciar para un pobre diablo de mayordomo; pero...

EUL. Y bien...

BIT. No se sabe quien es este hombre; muchos meses hace que me estoy rompiendo la cabeza por averiguar quien es, que busca...

EUL. Vaya, amigo mio, degele usted en paz. Jamas le he encontrado, y sin embargo no tengo curiosidad de verle: todo quanto oigo decir de él me dá idea de un hombre á quien se puede tolerar en qualquier parte: vive en paz y tranquilidad.

BIT. Eso es cierto.

EUL. Aseguran que hace mucho bien en secreto.

BIT. Convengo en ello.

EUL. No es capaz de ofender á un niño.

BIT. No; es incapaz de eso.

EUL. A nadie incomoda.

BIT. En eso se le hace justicia.

EUL. Pues bien! ¿qué mas quiere usted?

BIT. Quiero saber quien es. Si se pudiera, á lo menos, meterle con maña en alguna conversacion. Pero nada menos que eso. Quando le encuentro en la calle sombría de los álamos, ó allá cerca del rio (porque estos son sus paseos favoritos) intento algunas veces travar conversacion con él. „Oy está bueno el dia.– Sí.– Yá empiezan á florecer los árboles.– Sí.– Usted, á lo que veo, ha hecho yá su poco de egercicio.– Sí.–„ Vete al diablo, digo yo para mí. Pues digo el criado; otro que tal: no le he podido sacar una palabra del buche, sino que se llama Frantz.

EUL. Usted se enfrasca en eso demasiado, amigo Bitterman; y se le olvida que va á llegar el Señor Conde.

BIT. Con efecto... Dios me perdone!... Vea usted lo que hace el no conocer á las gentes.

EUL. Sí, pero yá son las nueve; y los amos pueden llegar de un instante á otro. Yo voy á hacer mis quehaceres; haga usted otro tanto. (*Vase.*)

ESCENA VI.

BITTERMAN, *solo.*

Muy bien, muy bien; yo haré lo que tengo que hacer... He aquí otra de la misma calaña que el incógnito: no se sabe quien es. Mad. Miller! Pero, Dios mio, hay tantas Madamas Miller en el mundo! Nuestra ama yá sé que la recibió tres años hace en esta Quinta, y la ha destinado aquí... ¿Pero Señor, de donde venia? por qué? con qué motivo? He aquí el embrollo. Se encargára, nos dijo el ama, de la economía interior de la casa. Está bien; ¿pero yo no he desempeñado gloriosamente, por espacio de veinte años, esta comision, dentro y fuera de la casa? ¿La tal Mad. Miller no lo ha aprendido todo de mí? Porque, la verdad sea dicha, ella nada entendia de lo que es el manejo de una casa.

ESCENA VII.

BITTERMAN *y* PEDRO.

PEDRO, *corriendo.*

PED. Padre, padre!... Ya llega un señor. Su ayuda de cámara dice que es el Mayor... el

Mayor de.... de.... Yo he venido corriendo á.... Pero veale usted.

ESCENA VIII.

El Mayor de HORST, BITTERMAN *y* PEDRO, *que, durante esta escena, es el eco y el mono de su padre.*

BITTERMAN, *haciendo muchas cortesías.*

Tengo el honor, señor Mayor, de presentar á V. S. en esta mi personilla, al señor mayordomo Bitterman, quien tiene por muy feliz el momento que le proporciona la satisfaccion de ver facha á facha al respetable cuñado de S. E., El señor Conde de Walberg!

PEDRO, *sacando un poco el pie ácia atrás.*

De Walberg!

HORST. Oh! eso es mucho cumplimiento, amigo Bitterman: soy un soldado, como usted vé; ni hago, ni exîjo ceremonias.

BIT. Perdone V. S., señor Mayor, que aunque vivimos en aldea, no ignoramos lo que se debe á las personas de consideracion.

PED. De consideracion!

HORST. Muy bien, muy bien; ya nos conoceremos mejor. Sepa usted, amigo, que me

he propuesto pasar, á lo menos, un par de meses en la quinta de Walberg.

BIT. ¿Y por qué no todo un año? No le embarazaria esto al viejo Bitterman: tiene, sin que sea vanidad, junto y reservado bastante con que poder asombrar á sus respetables amos.

HORST. Tanto mejor: un hombre económico requiere un disipador, y este le tiene usted en mi cuñado. ¿Sabe usted que ha dejado el servicio, y se propone pasar tranquílamente el resto de su vida en esta Quinta?

BIT. Eso me admira!.... pero me agrada mucho; tanto mas, que recibiremos con mas exâctitud las noticias públicas.

PED. Oh sí! las noticias públicas.

BIT. ¿No hay nada de nuevo, señor Mayor, en el mundo político?

HORST. Nada, que yo sepa, á lo menos: porque ha de saber usted, amigo Bitterman, que yo jamas me meto sino en hacer mi servicio con honor; cada qual haga otro tanto. En quanto á política, descanso enteramente sobre los que quieren encargarse de este penoso empleo.

BIT. Pareceme que oigo ruido en la escalera.... En efecto, es Mad. Miller, la ama de gobierno de la Quinta... dama muy sociable... voy á tener el honor de enviarosla.

HORST. No se tome usted ese trabajo.

BIT. Para mí no lo será, señor Mayor; siempre

estaré pronto á manifestarle que soy su mas diligente servidor.

PEDRO, *sacando atrás el pie y yéndose, hace muchas cortesías.*

PED. Su mas diligente servidor.

ESCENA IX.

HORST, *solo.*

Sin duda me va á traher alguna vieja habladora, que me abrume con su charlar de las cosas de casa. ¡Quanta paciencia es necesario tener con estos entes!

ESCENA X.

EULALIA *haciendo una cortesia que anuncia su fina educacion.* HORST, *hablando consigo, y correspondiéndola algo sorprendido.*

HORST. Ola! no, no es vieja.

La vuelve á mirar de nuevo.

No por Dios! A fé mia que no es fea.

EUL. Celebro, señor Mayor, conocer en usted al hermano de mi bienhechora.

HORST. Y yo, Madama, aprecio en mucho un título que me da derecho á conocer á usted.

EULALIA, *sin responder á este cumplimiento con la vista, ni con ademan alguno.*

Lo delicioso de la estacion moverá sin duda á vuestro señor cuñado á dejar la ciudad.

HORST. No es eso precisamente, Madama. Usted le conoce; casi le es indiferente que llueva ó que haga buen tiempo; que estemos en invierno, ó en primavera, siempre que reine en su casa un verano perpetuo; es decir, con tal que tenga en ella constantemente una esposa amable y agasajadora, buena mesa, y algunas amigos de buen humor.

EUL. Ciertamente no se altera por nada el Señor Conde de Walberg: mas tambien procura no perder un minuto de vida. Parece que todo le favorece: nobleza, riqueza, salud; todo contribuye á su felicidad. Mas si experimentase los males que afligen á la triste humanidad, no podria gozar de una felicidad constante, aun teniendo á su lado á vuestra hermana.

HORST. Nada es mas cierto, Madama: el epicureo de mi cuñado conoce sin duda su felicidad y quiere disfrutarla á su gusto: ha dejado el servicio por vivir enteramente á su libertad.

EULALIA, *algo sorprendida.*

¿Aquí, Señor Mayor?

HORST. Sí señora, si es que no le fastidia la soledad.

EUL. Yo creo que el retiro es la mayor satisfaccion de la vida, para el que lleva á él un corazon libre.

HORST. Esta es la primer vez que oigo de una hermosa boca el elogio de la soledad.

EUL. Ese es un cumplido que usted me hace á expensas de mi sexo.

HORST. Y el retiro que usted habita posee mucho tiempo há tan amable panegirista?

EUL. Tres años hace que vivo aquí.

HORST. Y jamas ha echado usted de menos las diversiones de la ciudad?

EUL. Jamas, señor Mayor.

HORST. Semejante modo de pensar no puede menos de ser efecto de una educacion descuidada, ó de una extraordinaria perfeccion. En viendo á usted nadie dudará en qual de las dos clases la debe colocar.

EULALIA, *suspirando.*

Acaso habrá otra tercera.

HORST. Permitame usted que se lo diga, Madama; tan dificil me es creer que la soledad se haya hecho para usted, como que usted haya sido hecha para la soledad. Para convencerme de los hechizos que usted tiene el arte de hallar en ella, era necesario que yo supiese en qué habia empleado sus dias.

EUL. Oh, señor Mayor! No podrá usted creer con que rapidez pasa el tiempo, quando reyna cierta uniformidad en nuestro modo de vivir. Las horas de cada mañana recuerdan exâcta-

mente las de la anterior, y los mismos placeres renacen con las mismas ocupaciones. Quando me levanto con el fresco de la mañana, para ir á gozar de la vista del sol al tiempo que vá á salir, no me canso de admirar la activa laboriosidad de los trabajos del campo. El ganado deja su establo; el labrador se vuelve al campo, y, al pasar, me desea cordialmente un buen dia. Todo vive, todo se mueve, todo está alegre. Despues que he presenciado, por espacio de una hora, este hechicero expectáculo, me voy á mis quehaceres particulares; y quando quiero recordar, ya es mediodia. Por la tarde me paseo desde el jardin al parque, desde el parque á la pradera; riego mis flores; cojo fresas ú otras frutas; y me divierto en ver los juegos y los bayles de una juventud tan sencilla en sus diversiones, como pura en sus costumbres.

HORST. Eso está bien. Esos son los recursos del verano; ¿pero en el invierno?

EUL. Tampoco deja de tener sus placeres; y quando el rigor de la estacion no nos permite arrostrar el frio, abrimos la biblioteca, y alternamos lecturas agradables y sólidas con las ocupaciones domésticas, hasta que vuelve la primavera.

HORST. Con todo eso, no se puede menos de desear ver de quando en quando alguna figura humana.

EUL. Tampoco aquí falta, señor Mayor. Aquí se vé con placer fisonomías risueñas, que respiran á un mismo tiempo salud, alegria, é inocencia.

ESCENA XI.

Los MISMOS *y* PEDRO.

PEDRO. Yo no le puedo detener mas: ya está en la escalera.

EUL. ¿Quién?

PED. El viejo Tobías. Dice que quiere echarse á los pies de usted..... vele allí.

ESCENA XII.

Los MISMOS *y* TOBÍAS.

TOBÍAS, *que viene tras de* PEDRO.

TOB. Es preciso....sí, es preciso....(*quiere arrojarse á los pies de Eulalia, la qual se lo impide*).

EUL. Buen hombre, yo no tengo lugar; ya vé usted que no estoy sola.

TOB. Oh! el señor tendrá la bondad de perdonarme.

HORST. ¿Qué quiere usted, buen anciano?

TOB. Ofrecer mi reconocimiento. Los benefi-

cios son un peso quando no se puede dar gracias por ellos.

EUL. Mañana, buen hombre, mañana.

HORST. No, Madama : permitale usted que desaogue su corazon, y que sea yo testigo de un incidente, que acaso me hará conocer, mejor que su conversacion, en que emplea usted sus momentos. Hable usted, buen anciano, hable usted.

TOB. Oh! si pudiese cada palabra mia atraerle la bendicion del cielo!... Yo vivia abandonado en mi choza ; la fiebre iba minando mi debil exîstencia ; el viento, la lluvia penetraban mi pobre morada ; no tenia con que cubrirme, y ni aun siquiera un bocado de pan para mi pobre Leal, compañero de mi vegez. (*A Eulalia*). En este estado se presentó usted á mi vista, como un angel consolador ; me proporcionó remedios y socorros : pero el hechizo de sus palabras ha sido para mí el el mas poderoso de todos los remedios. Me hallo sano ; gozo de nuevo, por la primera vez, de los rayos del sol. He empezado por ofrecer á Dios mi reconocimiento : aora vengo á ofrecer mi gratitud á mi noble bienhechora...

EUL. Por Dios, buen anciano, basta...

TOB. No, no por cierto... dégeme usted regar con mis lágrimas esta generosa mano ; dégeme usted abrazar sus pies. (*Eulalia se lo impide*). Por usted ha bendecido Dios mi vegez.

El estrangero que vive cerca de mi choza acaba de darme un bolsillo de oro para rescatar á mi hijo. Me voy á la ciudad ; le pongo en libertad ; le doy una gallarda doncella por esposa ; y acaso tendré todavia el consuelo de tener en mis brazos el fruto de su ternura. Y usted , si pasa alguna vez por mi venturosa cabaña . . . oh! de que satisfaccion no le servirá poder decir ; he aquí mi obra ; he aquí los que yo he hecho felices.

EUL. Basta ya , mi buen anciano , basta.

TOB. Sí , basta . . . porque yo no puedo expresar todo lo que siento. Solo Dios , si ; solo Dios , y el corazon de usted , la pueden recompensar dignamente. (*La besa la mano , con el ardor del mas vivo reconocimiento.* PEDRO, *que ha estado viendo , con la boca abierta , toda esta escena , se retira con el anciano , enjugándose las lágrimas.*)

ESCENA XIII.

EULALIA , Y HORST.

EULALIA , *los ojos bajos y como avergonzada, mientras* HORST *la mira , en silencio, con admiracion é interes.*

Creo que el señor Conde habrá de llegar pronto.

HORST, *respondiéndo distraido.*

Camina despacio; los caminos estan malos: pero, en cambio, me proporciona su tardanza una conversacion que jamas olvidaré.

EUL. Qué! señor Mayor, ¿será posible que os admire una escena tan sencilla?

HORST. Usted lo ha dicho, Madama; y, os lo confieso, estaba oy tan ageno de conocer una persona como usted!... ¡qué poco lo esperaba yo quando Bitterman me dijo vuestro nombre!...

EUL. Mi nombre!... yo no trato de hacerle mas respetable de lo que á usted le pareció.

HORST. Usted quiere distraerme con maña del asunto... Perdone usted mi curiosidad; ¿ha sido usted, ó es casada?

EUL. Fui casada, señor Mayor.

HORST. Ah! ya... ¿con qué es usted viuda?

EUL. Perdóneme usted; hay en el corazon humano ciertas cuerdas que no se las puede tocar, sin sacar de ellas un sonido doloroso....suplico á usted....

HORST. Lo entiendo. (*calla.*)

EULALIA, *despues de algun silencio, y tomando otro tono mas alegre y desembarazado.*

A la verdad le parecerá á usted que he tomado lecciones de Bitterman: ¿no hay nada de nuevo en la capital?

HORST. Nada de importancia. Ademas no sé

lo que puede interesar á usted, ni qué conocimientos tiene.

EUL. ¿Yo? Ninguno.

HORST. ¿Pues no ha nacido usted en nuestro pais?

EUL. Ni he nacido, ni me he criado en él.

HORST. Me permitirá usted que le pregunte qué clima...

EULALIA, *interrumpiéndole prontamente.*

¿Ha tenido la ventura de producir mi misera exîstencia? Soy Alemana, señor Mayor; mi patria está situada en el vasto imperio Germánico.

HORST, *sonriéndose.*

Muy bien, Madama; á excepcion de sus hechizos, todo lo demas sabe usted bien encubrirlo con un misterioso velo.

EUL. Pero abien que usted sabrá perdonar esta ligera vanidad de mi sexô.

ESCENA XIV.

Los MISMOS *y* PEDRO.

PEDRO, *corriendo y gritando alegremente.*

El señor Conde, y mi señora la Condesa.

ESCENA XV.

Los MISMOS ; BITTERMAN *abriendo la puerta.*

El CONDE *y la* CONDESA, *precedidos de un postillon, de muchos domésticos, y de una doncella que lleba á un niño de la mano.*

CONDESA. Ya por fin llegamos. Bendiga el cielo nuestra partida y nuestra llegada! Madama Miller, traigo un invalido que no quiere ya servir bajo otras banderas que las de usted.

EUL. Mis banderas, señor Conde, no se despliegan ya sino para la retirada.

COND. Y tambien estan pintados los cupidillos en todas ellas.

LA CONDESA, *que ha abrazado muy amistosamente á* EULALIA, *la qual por su parte la ha correspondido tierna y respetuosamente.*

Señor, esposo, creo se os olvida que estoy yo delante.

CONDE. Pardiez, señora esposa, creo me es permitido hacer otro tanto que su señor hermano; el qual me cogió mi tiro de caballos tordos para llegar aquí media hora antes.

HORST. Si yo hubiese tenido noticia de los encantos de este sitio, tendrias razon.

CONDESA. Mi querida Madama Miller, voy á complacer la sensibilidad de usted. Queremos confiar á su cuidado este amado niño; es hijo de mi hermana, de mi pobre Carolina. Ha perdido su madre, y es preciso que la halle en nosotras dos.

NIÑO. ¿Me quiere usted dar otra mama? Oh! yo la querré mucho.

CONDESA. Muy bien, muy bien, querido Eugenio.

EULALIA, *perturbada.*

Eugenio!.....¡Qué nombre tan amable!....

Le abraza, y queda pensativa.

CONDE. Y bien, Bitterman; supongo que habra usted cuidado de que tengamos buena comida.

BITT. Muy buena, Señor Excelentísimo, en quanto lo ha permitido el corto tiempo.

Dale el CONDE *su espada y sombrero, y habla bajo con él.*

HORST, *hablando á parte con la* CONDESA, *y señalando á Eulalia.*

HORST. Hermana mia, ruegote me digas ¿qué tesoro es este que tenias escondido en esta Quinta?

CONDESA. Oh, señor enamoradizo! ¿le ha prendado á usted?

HORST. Vaya respondeme.

CONDESA. Y bien; se llama Madama Miller.

HORST. Ya lo sé; pero....

CONDESA. Pero....pero yo no sé mas.

HORST. Fuera de chanza, dime...

CONDESA Fuera de chanza; ven á mi quarto y te haré ver que nada mas sé. (*A Eugenio*) ven, hijo mio, ven á descansar. (*A Madama Miller*). Cuento con volver á hallar á usted aquí, mi querida Miller; su amable compañia, contribuirá mucho á aumentar las delicias que me prometo disfrutar en esta Quinta.

ESCENA XVI.

El CONDE, EULALIA, BITTERMAN Y PEDRO.

El CONDE, *sentado en un canapé*; EULALIA *se pone á bordar, y enjuga de quando en quando algunas lágrimas.*

CONDE. Y bien, Bitterman, ¿estás todavia fuerte?

BITT. Para servir á V. E.

CONDE. Creo que nos hemos de divertir bien juntos.

BITT. Yo haré quanto este en mí para....

CONDE, *señalando á* PEDRO.

CONDE. ¿Quién es aquel fatuo?

BITT. Con perdon de V. E. es mi hijo; se llama Pedro.

CONDE. (PEDRO *le hace cortesias.*)

CONDE. Ya! ya!....¿Y cómo van las cosas de la Quinta?

BITT. Perfectamente, Señor Excelentísimo.

CONDE. ¿Y la caza?

BITT. La tenemos en abundancia. Tambien tengo reservadas otras diversiones mas curiosas para mis señores amos. Es necesario que vea V. E. como he puesto el parque; no le conocera. He hecho en él una soledad, puntos de vista, un obelisco, ruinas; y todo con tal economía tal ahorro! Por egemplo; á la entrada del bosque he hecho construir un puente chinesco sobre el rio; ¡pero qué sólido!

CONDE. Vamos á ver todas estas preciosidades, mientras ponen la mesa.

BITT. Ya he dado todas mis órdenes. Tendré el respetuoso honor de acompañar á V. E.

PEDR. Yo tambien tendré ese honor.

CONDE, *dirigiéndose á Madama Miller.* Pero, Madama Miller, usted está siempre trabajando como si no tuviese otro recurso para comer. He de acompañar á usted á toda hora; y me lisongeo de que solo hemos de ocuparnos seriamente en variar las diversiones del campo. (*A Bitterman.*) Vamos, Bitterman, vamos á ver tu puente chinesco, (*dale* BITTERMAN *el sombrero, y salen juntos con* PEDRO.)

ESCENA XVII.

EULALIA, *sola.*

Se levanta del asiento.

EUL. ¿Qué es lo que por mí pasa? ¿Qué es lo que causa en mi alma una agitacion tan terrible? Mi corazon está oprimido; las lágrimas se me saltan. Casi habia llegado á dominar mi pena; mas la presencia de este niño me ha consternado enteramente. Quando la Condesa profirió el nombre de Eugenio, quando habló de fiarle á mi cuidado... ah!.... ¡quán distante estaba de sospechar que daba á mi corazon el golpe mas terrible!....Tambien yo tengo un Eugenio!....un Eugenio, cuya educacion no es obra mia!.... Si es que vive, debe ser de la misma edad que éste....Sí, si es que vive....¿Quién sabe si él y mi Amelia estan tiempo hace acusandome ante el tribunal de Dios?.... Cruel idea, ¿por qué me atormentas? ¿por qué haces resonar en mis oidos sus inutiles y lastimeros gritos? ¿por qué me pintas á esos pobres inocentes luchando con las enfermedades de la infancia, implorando los ausilios que una mano mercenaria les dará de mala gana.....¿ó acaso se los negará?...Porque al fin, ¡ay de mí! se ven los infelices abandonados de su madre, de su desnaturaliza-

da madre!.... Ah! soy la mas desventurada y culpable criatura.... El profundo sentimiento de mis remordimientos vuelve oy á renacer en mi corazon, y le despedaza.... oy, que necesitaba aparentar tranquilidad en mi semblante.

ESCENA XVIII.

EULALIA Y PEDRO, *que viene á todo correr.*

PED. ¡Ay Dios mio! Dios mio!

EUL. ¿Qué es eso?

PEDR. El señor Conde ha caido en el agua, se ha hundido S. E.

EUL. ¿Pero qué ha muerto?

PEDR. Oh! no por cierto, no ha muerto enteramente.

EUL. No grites de ese modo; que no lo sepa la Condesa.

PEDRO, *gritando mas fuerte.*

¡Qué no grite! ¡ay Dios mio! el señor Conde esta todo calado.

ESCENA XIX.

Los MISMOS, *la* CONDESA *y* HORST, *que vienen apresurados.*

CONDESA. ¿Qué es eso? ¿qué gritos son esos?

HORST. ¿Qué ha sucedido?

EUL. Señora, un leve azar: pero, sea lo que fuese, ya está en salvo el señor Conde; ¿es verdad Pedro?

COND. ¿En salvo? ¿pues qué le ha sucedido?

PEDRO. Ese maldito puente chinesco; él estaba bien firme; pero apenas se apoyó en el balaustre el señor Conde, zas, se hizo dos, y paf, cayó al agua S. E.

CONDESA. Ay, Dios mio!

EUL. ¿Y vosotros le sacasteis al punto?

PEDRO. Yo? No señora; ni mi padre tampoco. Empezamos á gritar con toda nuestra fuerza; y á los gritos acudió el estrangero, que vive allá bajo, y que nunca habla: ropa fuera, y de un salto ya está en el agua: agarra á S. E. por el brazo, y le saca felizmente á la orilla; vuelve á tomar su vestido y desaparece tan pronto como vino.

CONDESA. ¿Qué dices? Corramos, corramos todos á socorrer á mi esposo, y dar gracias al generoso estrangero.

Salen todos con precipitacion.

ACTO TERCERO.

El teatro está como en el primer acto, y no vuelve ya á mudarse.

ESCENA PRIMERA.

El BARON, *sentado sobre unos cespedes y leyendo.*

FRANTZ, *que llega.*

Ya está puesta la mesa.
BAR. No tengo ganas de comer.
FRANTZ. Hay legumbres, un pollo...
BAR. Para tí, sí lo quieres.
FRANTZ. ¿No tiene usted apetito?
BAR. No.
FRANTZ. Acaso será el calor que...
BAR. Puede ser.
FRANTZ. Puede que á la tarde.
BAR. Puede (*prosigue leyendo.*)
FRANTZ. ¿Me permitirá usted, señor, que le diga una palabra.
BAR. Dila.
FRANTZ. Ha hecho usted una loable accion.
BAR. ¿Qual es?
FRANTZ. Ha salvado usted la vida....
BAR. Calla.

FRANTZ. ¿Usted sabe á quien?

BAR. A un hombre; esto basta.

FRANTZ. Es el Conde de Walberg.

BAR. Sea enhorabuena.

FRANTZ. A la verdad me arranca lágrimas de ternura el proceder de usted.

BAR. ¡Debilidad!

FRANTZ. Un corazon tan noble, tan generoso...

BARON, *levantándose enojado.*

¿Me vas á adular? Retirate.

FRANTZ. Quando exâmino en silencio el bien que usted hace; la atencion con que mira las penas de otro, como si fuesen suyas, y veo que sin embargo no es usted feliz; esto me quebranta el corazon.

BARON, *enternecido.*

Te lo agradezco.

FRANTZ. ¡Mi querido amo! no tome usted á mal lo que le voy á decir. Si es que su melancolia procede solo de alguna indisposicion, he oido hablar de un famoso Médico que cura felizmente la misantropía.

BAR. No me hallo en ese caso, amigo mio.

FRANTZ. ¿Con qué usted es realmente infeliz? Y no obstante tan bueno! Es una cosa á la verdad bien desconsoladora.

BAR. Padezco, sin haberlo merecido.

FRANTZ. Pobre amo mio!

BAR. Te has olvidado de lo que nos decia el

anciano esta mañana? »Aun hay otra me- »jor vida." Esperemos, y sepamos sufrir.

FRANTZ. Bien, esperemos.

BAR. Frantz.

FRANTZ. Señor.

BAR. Es necesario irnos de aquí.

FRANTZ. ¿Y adonde iremos?

BAR. Dios lo sabe.

FRANTZ. Yo estoy pronto á seguir á usted.

BAR. A todas partes?

FRANTZ. Hasta el sepulcro.

BAR. El cielo te oiga! Solo allí hay tranquilidad.

FRANTZ. La tranquilidad se halla en todas partes. ¿Qué importa que haya tormenta por fuera, si el alma está tranquila? Ademas de que, ¿no estamos aquí tan bien, y acaso mejor que en qualquiera otra parte del mundo?

BAR. No. Ya ves que hay mucha gente en la Quinta. Estos entes, que no saben gozar del placer de la soledad, me mirarian como un personage ridiculo. No quiero servir de expectáculo.

FRANTZ. Perdoneme usted, amo mio; usted quiere ver las cosas muy á su modo. Esta gente acaso no estará mucho tiempo en la Quinta; será acaso algun enjambre de zanganos, escapados del gran mundo; vendran solo á coger las flores de la soledad: la moda es quien aquí los trae; el otoño y sus gustos los volverán á su torbellino.

BAR. Esa chanza ya es pesada.

FRANTZ, *sonriéndose.*

Es necesario sazonar un poco la conversacion.

BAR. Me haces sospechar que quando no tienes de quien burlarte, te burlas de mí. Aun no te conocia por esa parte.

FRANTZ. Muy bien: vuelva usted á su desconfianza de todos los hombres....pero, amo mio....

BAR. No divisas por aquella gran calle gente con plumas y uniformes. Me marcho, no quiero estar mas aquí.

FRANTZ. Bien. Hagamos nuestros paquetes.

BAR. Quanto antes será mejor. Si tardára en partir seria preciso que me encerrase, por librarme de ese vecindario importuno; y no me admiraria que tuviesen la indiscrecion de penetrar hasta mi retiro, á pesar mio. (*yendose*) Frantz, voy á cerrarme por dentro.

FRANTZ. Y yo á hacer por fuera la centinela.

ESCENA II.

FRANTZ, *solo.*

FRANTZ. Tiene razon mi amo, vienen ácia esta parte. Sin duda nos buscan á nosotros. Ellos bien podran tener el gusto de preguntarme; yo tendré el de responderles: pero

nada sabran de mí ; porque en efecto yo nada sé.

ESCENA III.

FRANTZ , *la* CONDESA , *y* HORST.

CONDESA , *á* HORST.

Allí veo un estrangero ; probablemente será el criado.

HORST. Amigo mio , se podrá hablar á vuestro amo ?

FRANTZ. No señor.

HORST. Es cosa de pocos minutos.

FRANTZ. Está encerrado.

CONDESA. Digale usted que es una Dama quien le pide este favor.

FRANTZ. No por eso se moverá á salir.

CONDESA. Pues qué aborrece nuestro sexô ?

FRANTZ. Aborrece á la especie humana.

CONDESA. ¿ Y por qué ?

FRANTZ. Acaso habrá sido engañado.

CONDESA. Pero esa no es cortesania.

FRANTZ. Mi amo no gusta de galanteria : pero quando se presenta la ocasion de salvar la vida á qualquiera , sabe hacerlo , aunque exponga la suya.

HORST. Eso vale mas que una fria galanteria. Pero el motivo que aquí nos trahe no es de mero cumplimiento. La esposa y el cuñado

de aquel á quien ha salvado la vida desean manifestarle su reconocimiento.

FRANTZ. Tampoco gusta de eso.

CONDESA. Es un hombre bien singular.

FRANTZ. Solo desea vivir retirado y tranquílo.

CONDESA. Aunque eso sea, yo quisiera verle y saber quien es.

FRANTZ. Y yo tambien.

CONDESA. Cómo? ¿pues qué usted no le conoce?

FRANTZ. Perdoneme usted, Madama; le conozco muy bien, es decir, lo que él es precisamente, su corazon, su alma: porque.... ¿cree usted que se conoce á una persona quando se sabe su nombre?

CONDESA. Muy bien, amigo mio; tengo gusto en oir á usted; me alegraria conocerle mejor. ¿Quién es usted?

FRANTZ. Yo soy.....vuestro humilde servidor. (*vase.*)

ESCENA IV.

La CONDESA, *y* HORST.

COND. Sin duda es alguna mania extravagante la que reduce á este hombre á encerrarse en esta cabaña.

HORST. Y el criado imita perfectamente á su amo.

COND. Vamos, hermano mio, vamos á juntar-

nos con mi esposo y Madama Miller, que vienen por la pradera.

HORST. Hablemos antes dos palabras, mi querida hermana. El accidente de tu marido nos interrumpió, y no he podido saber de tí lo que tanto le importa á mi corazon. Dime, ¿quién es esa Madama Miller, cuya vista y conversacion me han hechizado igualmente? ¿Quién es? Habla, yo te lo suplico.

COND. ¿Quién es Madama Miller? Ya te lo he dicho, amigo, yo no sé nada. Te admira esto? pues es la pura verdad. Quando se presentó á mí parecióme que estaba sepultada en la mas profunda tristeza. No la insté para que me digese la causa, porque el secreto de un infeliz es casi siempre su misma desventura; y un alma sensible debe distraer al que padece, alejando de él el objeto de su pena.

HORST. ¿Pues cómo la recibiste en tu casa?

COND. Vé aquí como: Hace tres años que estando aquí me avisaron, al anochecer, que una jóven estrangera deseaba con instancia la gracia de hablarme á solas; yo aceté la visita. Presentóse Madama Miller, con ese ademan, esa modestia que desde luego te han prendado. Traia entonces pintados al vivo en su semblante los secretos tormentos, que parece se han convertido despues en una dulce melancolía; se arrojó á mis pies, me suplicó salvase á una infeliz expuesta á ceder

á la desesperacion. Movida de su llanto y de su juventud, la recibi en mi casa, sin molestarla con preguntas mortificantes, solo procuré conocer bien su alma, y hallé que era digna de servir de templo á la virtud. Desde entonces la tuve, no en calidad de doncella, como me lo habia suplicado; sino de amiga mia. Un dia que me acompañaba en el paseo, la sorprendí dulcemente enagenada con las bellezas de la naturaleza, en que parecia estar abismada su alma. La propuse si queria quedarse en la Quinta, y cuidar de su economía interior: me tomó la mano, la estrechó contra sus labios con un ardor extrordinario; su alma agradecida estaba pintada en sus mudas lágrimas. Desde entonces no ha salido de aquí: hace en secreto mucho bien; y es adorada de quantos la freqüentan. He aquí, amigo mio, todo lo que sé, y puedo decirte acerca de ella.

HORST. A la verdad es bien poco para satisfacer enteramente mi curiosidad; pero es lo bastante para determinarme.... Ayúdame, hermana mia....ayúdame á conocerla: si es de una familia honrada, yo me caso con ella.

COND. ¡Tú!

HORST. Yo.

COND. ¡Hermano mio!....

HORST. Hermana mia!... entiendo lo que me vas á decir; pero....

COND. Despacio, hermano mio; no me son estrañas esas máximas sobre la igualdad de estados; pero vivimos en sociedad, y es preciso saber sacrificarle...

HORST. Predicame á todo tu gusto ese protocolo de la vanidad; vé aquí mi respuesta: una pasion, tan invencible como pronta, me subyuga y arrastra. Yo no tengo repugnancia á sepultarme en una honrosa y pacifica obscuridad, siempre que logre en mi interior la paz y la felicidad.

COND. Bien conoces, hermano mio, que ese bello razonamiento no es incontestable. Tú debes tener algun miramiento á tu familia, á tus amigos....

HORST. (*interrumpiéndola.*) Yo debo la felicidad á mis hijos, y á mí mismo: y para lograrla no tengo necesidad de títulos; consultaré á mi corazon.

COND. Pero aora deslumbra el amor tu razon, y no la deja preveer lo que puede oponerse á tus miras, y acaso destruirlas.

HORST. ¿Y qué, hermana mia?

COND. ¿Sabes tú si convendrá en ello Madama Miller?

HORST. Para esto, hermana mia, para esto necesito de tu ausilio. (*tomandole la mano*) Mi buena Henriqueta, ya conoces mi corazon; siempre me ha disgustado la insulsa galanteria. El amor, ó lo que le usurpa este nombre, jamas ha hecho en mi vivas im-

presiones, solo he conocido las delicias de la amistad: al presente amo hasta el extremo de no prometerme felicidad sino en esta suspirada union. Deja pues á un lado todas tus reflexîones, y ayudame.

COND. Te lo prometo, aunque no te lo apruebo: pero estoy bien distante de asegurarte el buen éxîto de mis diligencias. (*Viendo al Conde y á Madama Miller.*) Ay! por poco no nos han sorprendido. Velos ahí.

ESCENA V.

Los MISMOS, *el* CONDE *y* EULALIA.

CONDE. Por Dios, Madama, que es usted una excelente andariega! No apostaria yo con usted á correr.

EUL. Esto pende de la costumbre, señor Conde; ninguna fatiga le costaria á V. E. este egercicio, si se hubiese habituado á él por espacio de cinco ó seis semanas.

CONDE. ¿Donde está Bitterman, para darle las gracias por la solidez de su puente chinesco? A fé mia le soy deudor de un buen chapuz.

CONDESA. ¿Pero donde estaban ustedes? Nosotros ibamos á buscarlos.

CONDE. ¿Dónde estabamos? Bueno está eso, amiga mia: en paseando con Madama Miller no sabe uno donde está.

EUL. He llevado al señor Conde á una colina,

desde cuya cima se registra la pradera, y el rio que la fertiliza con mil giros.

CONDE. En efecto, las vistas son muy hermosas: pero estar en compañia de Madama Miller; oirla describir de un modo poético, y aun con entusiasmo, las bellezas de la campiña, es mucho mas agradable. Mas no lo tenga usted á mal; no volveria allá de muy buena gana: de veras estoy cansado de andar.... y de mi azaroso salto.

HORST. Pues bien, volvamos á la Quinta.

CONDE. No por cierto, amigo; estoy bastante cansado, y necesito hacer alto aquí, y aun refrescarme antes de dejar el puesto, porque tengo sed. ¿Qué te parece, Mayor? ¿haremos que nos traigan una botella de cerbeza?

CONDESA. Esa es una buena ocurrencia. Nosotras iremos á dar todavia alguna vuelta; pero sin alejarnos.

(*Hace una seña de inteligencia á su hermano.*)

CONDE. Estamos bien! No tenemos á quien enviar á la Quinta; y es que yo no gusto llevar siempre un aragan detras de mí: sin embargo, aora siento no haberme hecho acompañar de algun lacayo. Pero allí me parece que veo á Pedro. He! Pedro, Pedro.

PEDRO, *gritando á lo lejos, sin ser visto.*

¿Qué es esó? ¿Quién me llama?

CONDE. Ven acá; por aquí. Otra vez te comeras las demas.

PEDRO, *desde lejos, sin ser visto todavia.*
Allá voy.

CONDE. Presto, presto.

ESCENA VI.

Los MISMOS *y* PEDRO.

PEDRO, *corriendo, con las manos llenas de peras.*

Aquí estoy.

CONDE. Corre á la Quinta, á buscar una botella de cerbeza: nos la llevarás allá bajo, al emparrado.

PEDRO. Ya lo entiendo. (*Vase.*)

ESCENA VII.

El CONDE, *la* CONDESA, HORST *y* EULAL.

CONDE. Madamas, quado ustedes gusten venir á buscarnos para volver á la Quinta, allí nos hallarán á sus órdenes, y siempre prontos á servirlas. Vamos, Mayor.

HORST. Voy allá Conde; soy contigo.

Echa á andar el Conde; siguele el Mayor, haciendo señas á su hermana, la qual le corresponde.

ESCENA VIII.

La CONDESA *y* EULALIA.

CONDESA. Y bien, mi querida Miller; ¿qué le parece á usted ese hombre que acaba de dejarnos?

EUL. ¿Quién, señora?

CONDESA. Mi hermano.

EUL. Pareceme que merece serlo.

CONDESA. Esa es una atencion que no me coge de nuevo en usted.

EUL. Sin cumplimiento, señora; le tengo por un hombre muy bizarro y muy honrado.

CONDESA. Y de buena figura tambien.... ¿no es verdad?

EUL. Sí, cierto.

CONDESA. Pero ese cierto es como si se digese no. Sin embargo, debo decir á usted, que él la mira como á una muger muy amable... ¿No dice usted nada á esto?

EUL. ¿Qué he de decir? Una burla que ofenda no puede salir de la boca de V. E.: y así eso no será mas que una chanza inocente; pero yo estoy tan poco dispuesta para prestarme á...

CONDESA. Y mucho menos para ser objeto de ellas. No, Madama, hablo seriamente.... ¿Qué dice usted?

EUL. Señora, V. E. me llena de sorpresa. Yo no afectaria una falsa y ridícula modestia; hubo

un tiempo en que podian hallarse en mi las gracias de la buena figura ; mas... los dilatados pesares han alterado mi fisionomía. Ah! solo la paz del corazon es la que derrama los mas hechiceros atractivos en el semblante de una muger. Las miradas que subjuguen á un hombre de bien solo deben ser la expresion de un alma irreprensible.

CONDESA. El cielo me conserve un corazon tan puro como el que veo retratado en los ojos de usted.

EUL. Ah ! El cielo libre á V. E. de eso!

CONDESA. ¿Cómo?

EULALIA, *reprimiendo el llanto.* Perdonad, señora... soy una desventurada... tres años de penas no me dan derecho alguno á la amistad de un alma tan noble... pero sí á su conmiseracion... Dispenseme V. E...,

(*quiere irse.*)

CONDESA. Aguarde usted, querida Miller, aguarde usted, que es preciso. Lo que acabo de decirla merece toda su atencion. La acusacion, que parece hace usted contra sí misma, no me espanta. Usted se parece á aquel buen filosofo que siempre veia el infierno cerca de sí ; pero solo estaba en su imaginacion.

EUL. ¡ Ay ! Yo le llevo á todas partes en lo intimo de mi corazon.

CONDESA. Querida Miller, la amistad es siempre tan consoladora!... Esta es la primera vez que, al cabo de tres años, vengo á exigir

la confianza de usted ; y hasta aora me habia prohibido á mí misma la mas leve curiosidad en esta parte. Mas al presente es un interes urgente el que me anima : ruego á usted con toda la ternura de una hermana que se franquee conmigo... Mi hermano la ama á usted.

EULALIA , *sorprendida , y fijando los ojos en la* CONDESA.

Señora , si eso es una chanza , ya es demasiado pesada... pero si me habla V. E. de veras , nada puede afligirme tanto.

CONDESA. Antes de pasar mas adelante en la confianza de usted , permitame le haga la pintura del caracter de mi hermano ; asegurola que no será la mano de una hermana la que lleve el pincel. Acaso le tendrá usted por hombre ligero , quando , al verla oy por primera vez , ha quedado tan prendado: pero , querida , mi hermano , aunque jóven todavia es muy formal , y de unos principios á toda prueba. Quiere un corazon bien formado por la naturaleza , y un alma cultivada por la educacion. Este doble mérito le ha prendado en usted. Su secreta beneficencia, de que ha sido testigo... Callo , por no aumentar el amable rubor que veo asomarse á su semblante... En fin , mi hermano aspira á la mano de usted , y de esto solo pende su felicidad ; yo salgo por su fiadora. Contem-

ple usted si tendré interes en exîgir su confianza. Háble me usted sin reserva, nada arriesgará en ello: deposite usted sus penas en mi pecho; tomaré parte en ellas, si es necesario; las aliviaré si puedo.

EUL. Ah! lo comprendo; el mas penoso sacrificio que impone un verdadero arrepentimiento, es el renunciar voluntariamente á la estimacion de una bella alma. (*aparte*) Yo quiero... sí, yo quiero hacer este sacrificio... con él daré principio á la justa expiacion de mis crimenes. (*á la* CONDESA) No ha oido V. E. hablar.... perdonadme.... No ha oido V. E... (*aparte*) Oh! quan duro me es haber de disipar una ilusion á la qual debo unicamente sus bondades!... Pero, Eulalia, es preciso: ya no viene al caso el orgullo... ¿No oyó V. E. hablar alguna vez de la Baronesa de Meinau?...

CONDESA. ¿Qué vivia en una corte inmediata? Sí; he oido hablar mucho de ella: creo que causó la desgracia de un hombre muy honrado.

EUL. ¡Oh Dios!... Ah! sí, de un hombre muy honrado!

CONDESA. Se huyó con un malvado, que la habia seducido.

EUL. Sí... ella fue... (*se arroja violentamente, á los pies de la* CONDESA.) No me desampare V. E.... solo quiero un sitio obscuro donde pueda morir.

CONDESA, *dando un paso atras.*

Gran Dios!... es usted?...

EUL. Yo soy esa abominable criatura.

CONDESA, *apartándose de Eulalia, por un movimiento involuntario de horror, y dejándola á sus pies. Despues vuelve ácia ella, compadecida.*

CONDESA. ¡Qué! seria posible que usted fuese!... El remordimiento la destroza el corazon... Ah! lejos de mi el excesivo rigor que desecha al infeliz!... (*La mira con enternecimiento.*) Levantese usted, yo se lo ruego; mi esposo y mi hermano estan poco distantes de aquí, y esta escena no requiere testigos... Apruebo el silencio á que usted se habia reducido... Levantese usted. (*La ayuda á levantarse.*)

EULALIA, *con voz interrumpida por el dolor.* Ay! mi conciencia!... mi conciencia!... no es posible aplacar sus gritos vengadores... (*asiendo con ardor la mano de la* CONDESA.) No me desampare V. E.

CONDESA. No, no desampararé á usted: no por cierto. La conducta de usted, por espacio de tres años; su pena muda y profunda; sus remordimientos, no borran ciertamente su crimen: mas mi corazon no la negará un lugar donde, sin ser interrumpida, pueda llorar la pérdida de un esposo!... Oh! la pérdida es sin duda irreparable!...

EULALIA, *con desesperacion y enagenamiento.* Irreparable!

CONDESA. Desgraciada muger!

EUL. Tambien yo tenia hijos.

CONDESA. Basta... basta...

EUL. Dios sabe si vivirán todavia!

CONDESA. Pobre madre!

EUL. Tenia un esposo el mas amable!

CONDESA. Sosieguese usted.

EUL. Sabe Dios si vive, ó no exîste ya!

CONDESA, *aparte.*

¡Qué enagenamiento está pintado en sus miradas!

EUL. Murió para mí!

CONDESA. El remordimiento la oprime!

EUL. Yo tenia un buen padre...

CONDESA, *esforzandose.*

Por Dios, cese usted...

EUL. El horror que le causé, le ha costado la vida.

CONDESA, *aparte.*

Ah! ¡qué cruelmente se venga la virtud ultrajada!

EULALIA, *llorosa, y cubriendo su rosto con las manos.*

Y yo!... vivo todavia!...

CONDESA. Ah! ¿quién podria aborrecer á la que de este modo se arrepiente?... (*Abrazandola.*) No, no; usted no fue quiza tan criminal... El instente de su estravio fue un sueño... una embriaguez... una ilusion...

EUL. No, no por cierto: querer disminuir el horror de mi delito, es darme una nueva puñalada... Ah! nunca me atormenta mas cruelmente mi conciencia, que quando quiere mi razon buscar escusas; no puede ser, no las hay para mí: el único y triste consuelo para mi corazon es estar penetrada de todo el horror que inspiro, y que me he acarreado.

CONDESA. Esas expresiones son las del verdadero arrepentimento.

EUL. Ah! si V. E. hubiese conocido á mi esposo!... Quando le vi por primera vez... reunia la nobleza de los sentimientos á la belleza de la fisonomía... Apenas tenia yo quince años...

CONDESA. ¿Y quándo se efectuó el casamiento?

EUL. Muy luego.

CONDESA. ¿Y quándo fue la fuga?

EUL. A los dos años.

CONDESA. Querida amiga; el error, de que aun era incapaz entonces el corazon de usted, se debe imputar á sus pocos años.

EUL. No, no me justifica mi corta edad. (*Fijando los ojos en el cielo.*) Oh respetable padre mio! eso seria imputarte mi delito: no por cierto. Tú habias gravado en mi corazon los sagrados principios del honor y la virtud. Tus sábias lecciones me habian precavido contra los riesgos de la lisonja y la seduccion.

CONDESA. Ah! ¿puede librarse de ellos la inex-

periencia? No, no amiga: demasiadas veces ha sido inutil la mas esmerada educacion contra las asechanzas de un astuto seductor.

EUL. He aquí justamente lo que es incomprensible en mi fatal aventura. El autor, el complice de mi funesto error, no era, por respeto alguno, comparable con mi digno esposo: pero, sumamente versado en el arte de la seduccion, sabía pintarme con los mas odiosos colores, la economía, la beneficencia, la razon, todas las virtudes de aquel hombre respetable. Este no se prestaba á mis caprichos; me rehusaba los equipages, los vanos adornos, que tanto apreciamos las mugeres. La ponzoñosa elocuencia de mi seductor presentaba estos objetos de lujo á mi vanidad, que habia tenido el arte de excitar... Abandoné á mis hijos... á mi padre... á mi esposo... por seguir... á quién?... ¡Ah! bien se ha vengado el cielo, despues que me permitió abrir los ojos para ver mi horrorosa conducta! Todos los tormentos se abrigan en mi corazon. (*señalando su corazon, sumamente abatida y enagenada*). Aquí los siento, aquí... Pero, Dios mio! no me quejo; los tengo bien merecidos.

CONDESA. Pero un alma como la de usted, amiga mia, no prolongaria mucho su error.

EUL. Lo bastante para no poder espiarle jamas! Ah! no hay duda, bien presto se disipó mi embriaguez. Penetrada del amargo pe-

sar de mi pérdida, invocaba el nombre de mi buen esposo, á quien tanto habia ofendido... pero en vano. Procuré oir los gemidos de mis infelices hijos... pero en vano...

CONDESA, *interrumpiendola.*

Degemos tan amargos recuerdos... Ya adivino el fin de vuestra triste aventura... huyó usted de su seductor?...

EUL. No podia soportar el horrible estado en que habia venido á parar: me huí. Vine á buscar un asilo al lado de la generosa virtud que me concedió este retiro, donde me fue permitido llorar; y no me negára un reducido albergue donde pueda morir.

CONDESA. Sí, en mi seno derramará usted en adelante sus lágrimas; ojalá pueda yo mejorar su triste suerte, y hacer que vean sus ojos algun rayo de esperanza.

EUL. ¡Ah! jamas, jamas!

CONDESA. ¿Y desde entonces no ha sabido usted nada de su esposo?

EUL. Nada. Abandonó la casa que yo manché con mi deshonor, y no se sabe que ha sido de él.

CONDESA. ¿Y los hijos?

EUL. Se los llevó consigo.

CONDESA. Yo quiero informarme; quiero... Pero basta: allí vienen mi hermano y mi esposo. (*Aparte*). Ah pobre hermano mio! qué pesadumbre te espera! (*A* EULALIA). Vamos, mi querida Eulalia, vamos; reprimase usted,

y, si es posible, procure aparentar mas tranquilidad.

ESCENA IX.

Las MISMAS, *el* CONDE *y* HORST. *Se colocan entre las dos Damas.* HORST *explora con inquietud las miradas de su hermana, la qual procura evitarlas.*

CONDE. Y bien, Madamas, ¿volvemos á tomar el camino de la Quinta?

CONDESA. Estamos prontas á seguir á ustedes.

CONDE. Condesa, tendrémos á comer al extrangero?

CONDESA. No hemos podido verle, ni hablarle.

CONDE. Es hombre bien singular! Mas con todo, es absolutamente necesario que yo le manifieste mi reconocimiento. Ayudame, Mayor: acompañémos á estas Damas, y vé tu mismo á pedirle que no se niegue á mis instancias. No voy yo mismo á presentarle el objeto de su generoso zelo, por no ofender su modesta delicadeza; pero si se niega, protesto que iré yo mismo á sacarle por fuerza de su retiro.

HORST. Acepto con gusto esa comision, hermano: el servicio que te ha hecho es de aquellos que jamas se borran de los corazones sensibles á la amistad.

El CONDE *dá la mano á* EULALIA, *que afecta cierta seneridad.* HORST *dá el brazo á su hermana, que no se atreve á mirarle. De esta posicion resulta que, conforme van andando, se halle* EULALIA *junto á la* CONDESA, *quien le ciñe el cuerpo con su brazo, en señal de amistad.*

ACTO QUARTO.

ESCENA PRIMERA.

FRANTZ, *solo.*

Sale con un canastillo cubierto, en el qual va la comida.

Que me place esta vida pacífica y uniforme. Mejor es esto que las inquietudes de mi vida pasada. El apetito y la tranquilidad del alma sazonan aquí la frugal comida, que me agrada tomar bajo un cielo sereno. (*Al tiempo que vá á abrir su canastillo, vé venir á* HORST). Pero yá vienen á estorvarme.

ESCENA II.

FRANTZ *y* HORST.

HORST. Amigo mio, es preciso que yo hable á su amo de usted.

FRANTZ. Eso es en lo que yo no puedo serviros.

HORST. ¿Y por qué?

FRANTZ. Porque se me ha prohibido.

HORST, *queriendo darle dinero.*

Entrele usted recado de mi parte; yo sabré corresponder á su favor.

FRANTZ, *reusándolo.*

No tengo necesidad de dinero.

HORST, *en tono afectuoso.*

Ceda usted á mis ruegos; hágame el gusto de avisarle.

FRANTZ. Usted me obliga con su buen modo, Señor; y ciertamente no me negaria á sus instancias, si me prometiese que habian de tener efecto: pero tendré que sufrir alguna reconvencion, y al cabo solo podré traerle alguna respuesta que le desaire.

HORST. ¿Quién sabe? Dígale usted á su amo que solo exîjo de él el sacrificio de algunos minutos: que no intento importunarle; que soy un militar tan franco, como él generoso: dígale usted... quanto puede decirse para moverle á que me vea un instante. Si su amo de usted es un hombre atento, no permitirá que nadie le espere en valde.

FRANTZ, *despues de una corta suspension.*

Voy á ver si puedo complacer á usted.

ESCENA III.

HORST, *solo.*

¿Y bien? si viene y se presta á oirme, de qué modo travaré conversacion con él? No

me acuerdo haber hallado jamas un misántropo tan decidido. ¿Cómo tratar á un hombre á quien su misma persona y el universo le son insoportables? Veamos... Pongamos un aspecto franco, amigable, ni muy tímido, ni muy resuelto: presentándose de esta suerte creo que, á lo menos, nadie se puede ofender.

ESCENA IV.

HORST, *el* BARON *y* FRANTZ.

Este señala de lejos á HORST, *y se retira.*

BARON, *con un aspecto sério y triste.*

¿Qué tiene usted que mandarme?

HORST. Caballero, perdoneme usted, si... (*Conociendole apenas le ve*). ¿Pero qué veo? eres tú, Meinau?

BAR. Horst! (*se arrojan el uno á los brazos del otro*). Amigo mio!

HORST. Eres tú, amigo mio?

BAR. Sí, el mismo soy.

HORST, *contemplándole.*

Buen Dios! ¿qué pesares han desfigurado tu fisonomía?

BAR. Todo el peso de las desgracias ha cargado sobre mí... Pero, dime, ¿por qué acontecimiento llego á verte en este parage? ¿Qué

es lo que me quieres?

HORST. Válgame Dios! qué sorpresa! Estaba yo cavilando como entrar en conversacion con un salvage incógnito; quando he aquí que me hallo en los brazos de mi caro Meinau!

BAR. Con que no era á mí á quien buscabas? No sabias que habitaba en esta cabaña solitaria?

HORST. No, amigo mio. Esta mañana salvaste la vida á mi cuñado: una familia agradecida deseaba verte en su seno; no quisiste ver á mi hermana, que poco hace vino á pedirte fueses allá; y, por última tentativa, me han encargado vuelva á hacerte el convite. Vé aquí el accidente de que se ha valido la suerte para restituirme un amigo por quien suspiraba tanto tiempo há, y de quien tanto necesitaba mi corazon al presente.

BAR. Sí, soy tu amigo, tu verdadero amigo. Eres hombre honrado, hombre singular: mi corazon es para tí lo que siempre has experimentado. Horst! te satisface y lisongea este testimonio?... pues dame una prueba de ello, dejándome y no volviendo aquí mas.

HORST. Quanto veo, quanto oigo es un enigma para mí. Tú eres, Meinau; tu figura, gravada en mi corazon, está presente á mis ojos: pero echo de menos aquella fisonomía que, quando viviamos en Francia, te caracterizaba por el mas amable, y te grangeaba amigos, aun

antes de que su trato les confirmase en la impresion que siempre les causabas á la primera vista.

BAR. Pero eso yá hace mucho tiempo que pasó.

HORST. ¿Qué lenguage es ese, amigo mio?... Aun no tienes treinta y cinco años... ¿Mas porqué evitas mis miradas? pueden ofenderte las de la amistad? ¿Temes que tus ojos sirvan á los mios de espejo en que pueda ver tu alma? ¿Qué es ya de aquella penetrante vista, que leia en otro tiempo en todos los corazones?

BARON, *con ironia amarga.*

Ah! Sí: ciertamente fui muy habil en leer los corazones!

HORST. Cielos! esa amarga sonrisa aumenta cada vez mas la agitacion que en tí observo!... ¿Qué es, amigo, lo que te sucede?

BAR. Fracasos comunes... cosas de mundo... aventuras ordinarias... Horst, si quieres no excitar mi indignacion, dejate de preguntas; y si conservar mi amistad, abandoname para siempre.

HORST. ¡Qué espectáculo este, y qué razones! Meinau, despiertense en tu memoria las ideas de nuestros gustos pasados; reanimese tu corazon con la presencia de un amigo. Acuerdate de aquellos venturosos dias que hemos pasado juntos; de aquellas tranquilas horas, en que el espectáculo de la hermosa naturaleza, en nuestros paseos solitarios, em-

belesaba nuestras almas, y las preparaba á las mas dulces impresiones de benevolencia é intimidad. En estos felices momentos se formó el vínculo que nos unió para siempre. ¿Posible es que no te acuerdes?

BAR. Bien me acuerdo!

HORST. ¿Me he hecho indigno de tu confianza? Acaso eramos nosotros de aquellos amigos, á quienes unen por un momento el acaso, el placer ó el capricho? ¿No hemos arrostrado juntos la muerte?... Carlos! mucho le cuesta á mi corazon haber de recordarte los derechos que tiene á la posesion del tuyo... ¿Conoces esta cicatriz? (*Descubriendo el brazo*).

BARON, *abrazándole.*

Ay amigo mio! ese fue el golpe que debia haber derribado mi cabeza. No le tengo olvidado. Ah! no sabias entonces el fatal servicio que hacias á tu amigo!

HORST. Habla por Dios, yo te lo ruego.

BAR. Nada puedes hacer por mí.

HORST. Puedo llorar contigo.

BAR. Eso es lo que yo no quiero. Yo mismo no tengo yá lagrimas que derramar.

HORST. Pero tienes que depositar tus secretos en mi corazon, y así se desahogara el tuyo.

BAR. El mio no es yá mas que un sepulcro cerrado: deja, amigo, que se consuma lo que hay dentro de él... ¿para qué volverle á abrir?

HORST. Para que recobres una nueva exîstencia

que deberás á la amistad... ¡Cómo te encuentro! ... Averguenzate de tí mismo... ¡Un hombre tan sensato dejarse abatir de ese modo, por la suerte caprichosa!... No, no eres tú aquel Meinau, mi camarada, mi mentor, mi amigo... La bizarria, la noble altivez de su carácter debian hacerle superior á la injusticia de los hombres, y á los rebeses de la suerte.

BARON, *despues de un rato de silencio.* Escuchame. Piense de mí lo que quiera un mundo á quien he renunciado, y que me es mas indiferente que ninguna otra cosa. Conozco que no debes separarte de la sombra de tu amigo, sin saber que fue lo que disolvió todos los vínculos que le unian á la vida. Separéme de tí, dejando el servicio de la Francia; y desde este momento huyó de mí para siempre la felicidad. Vuelto á mi pais, me entregué á la lisongera esperanza de ser útil á mi patria. Notabanse en ella varios abusos, se deseaba su reforma, ocupeme en esto; y me grangeé enemigos, juntamente con la funesta certidumbre de que puede el hombre excitar el odio de los otros sin merecerle. Herido de esta insoportable idea, callé sin embargo, y no volví á censurar nada. ¡Tardia prudencia! Los hombres jamas perdonan al que ha intentado parecer mas sábio que ellos. Me reconcentré en mí mismo; viví solitario. Habianme hecho Teniente Coronel, por tener la certidumbre de que go-

zaria de mis bienes en el seno de mi patria. Desempeñé los cargos de la milicia con exâctitud, con zelo; pero sin designio, ni pretension de sobresalir. Murió mi Coronel; habia varios oficiales de mi graduacion, con mas años de servicio que yo: esperaba que alguno de ellos fuese promovido á la vacante, y yo hubiera quedado contento de ello; pero la Dama de un poderoso tenia un pariente jóven, fatuo, aturdido, vanidoso, que solo llevaba seis meses de servicio; dieronle el Regimiento: yá podrás presumir que pedí, y obtuve mi retiro. Divulgaronse algunas sátiras amargas sobre una eleccion tan generalmente vituperada; me las imputaron; me pusieron preso; desdeñé justificarme; permanecí seis meses en la prision. Recobrada mi libertad, vendí mis bienes, y abandoné mi pais. Armado, á mi parecer, del conocimiento de los hombres, parecióme que podia arrostrar los riesgos de su trato. Figé mi morada en Cassel: todo me lisongeaba en este pueblo; mi fama, mi carácter, mis bienes, me grangearon amigos... amigos !... En fin, hallé una esposa... una esposa que era la misma inocencia... el dechado de las prendas naturales y de los talentos adquiridos. Apenas tenia quince años... ¡Quanto la amaba! ¡Quan feliz me hacia...! Hízome padre de un hijo y de una hija; y á entrambos los dotó la naturaleza de la hermosura de su madre.

Entonces, sí, entonces conocí la verdadera felicidad... Mas, ay! (*se enjuga los ojos*). Aun tengo lagrimas que no esperaba ya derramar!... Pero acabemos. Uno de los que me trataban con nombre de amigo, y á quien tenia por hombre de bien, me engañó, me robó la mitad de mis bienes. Sufrí en silencio mi pena, me reduge al seno de mi familia. La verdadera satisfaccion del corazon no necesita muchas diversiones exteriores; cercené los gastos de mi mesa, y el lujo inutil de mi tren. Me reduge á tratar con muy pocas personas; mas conservé el trato de un jóven cuyos procederes, cuyo lenguage y conducta parecian justificar mi predileccion; á quien habia sostenido secretamente con mis socorros, á quien habia proporcionado empleos con mi crédito y mediacion... Y este, este sedujo á mi esposa, y se huyó con ella... Yá lo sabes todo. ¿No es ésta bastante causa para hacerme misántropo? ¿ó solo te parezco un visionario?... Ah!... el alma de Meinau podia soportar las injusticias, arrostrar el hierro y la muerte... ¿Mas qué son el hierro y la muerte comparados con la infidelidad de una esposa adorada?...

HORST. Era indigna de tí, Meinau! Derramar lágrimas por una esposa infiel, es un delirio inexcusable.

HORST. Dá el nombre que quieras á los afectos que experimento; el corazon no se rinde al

lenguage de la fria razon... Ah !... yo la amo todavía...

HORST. ¿Y donde está?

BAR. Ni lo sé, ni quiero saberlo.

HORST. ¿Y tus hijos?

BAR. Hago que les den su primera educacion en una aldea inmediata á esta soledad: los he fiado al cuidado de una viuda, muger comun, pero que me ha parecido honrada... y de pocas luces.

HORST, *sonriéndose.*

Vaya otro rasgo de misantropía! ¿Y por qué no los tienes á tu lado? Te harian llevadera algunos instantes tu penosa exîstencia.

BAR. Su presencia, que á cada paso retrataria á mis ojos el aspecto de su madre, solo serviria de recordarme la triste memoria de una felicidad que desapareció qual sombra. Por eso estoy privado tres años ha de su vista... No puedo tolerar persona alguna al rededor de mí, sea niño ó viejo; y si la costumbre no me hubiese hecho indispensable el servicio de un criado, me hubiera privado de él... sin embargo de que conozco que no es el peor entre los malos.

HORST, *despues de un rato de silencio, y mirando tristemente á su amigo.*

Lo conozco; los vanos consuelos no son para un corazon tan profundamente herido: pero no rehusarás los de la amistad: ven conmigo; mi familia te aguarda con impaciencia.

BAR. Yo! volver á meterme en el trato de los hombres! Horst! ¿No me he explicado bien claramente?

HORST. Convengo en ello: pero no puedes reusar el convite de mi cuñado, sin renunciar á todo sentimiento de urbanidad.

BAR. Amigo, tambien hay cosas que es mas facil prescribirlas, que resolverse á hacerlas. ¡Si tu supieses quanto padezco luego que se acerca á mí qualquier hombre, y no puedo evitar su presencia!... Oh!... dejame, dejame en este triste reposo.

HORST. Luego... mañana mismo podrás hacer lo que te agrade: pero concedeme siquiera este dia.

BAR. No, no.

HORST. Yo te lo suplico, Carlos; no nieges este favor á tu sincero y único amigo. Es el único, el ultimo, si así lo quieres, que te pedirá mi viva y constante amistad.

BARON, *despues de un momento de reflexîon.*

Escucha: perdona mi repugnancia invencible á ir á esa Quinta á ofrecerme en espectáculo. Conozco que no debo negarme á ver á tu familia; pero... que esto sea un encuentro, un momento. Trahelos ácia este pavellon, cuyo uso me esta permitido, pero en el qual entro bien poco. Que vengan á descansar á él. Te aguardaré; y luego que los hayas reunido en este parage, me presentarás.

HORST. Deberias ser mas complaciente con tu amigo; pero me lisongeo de que la acogida que hallarás en ellos, te moverá á acompañarnos.

BAR. No, no cuentes con eso. Solo consiento en esta visita bajo una condicion.

HORST. ¿Y quál es?

BAR. Que no te opondrás á que me alege mañana de este sitio.

HORST. ¡Cruel obstinacion!

BAR. Dame la palabra; ó retracto mi promesa.

HORST. Es fuerza; pero....

BAR. Voy á esperarte....Preven á tu familia que yo no gasto mas trage que el que ves.

HORST. Y eso qué importa?... A tí es á quien mi hermano quiere abrazar... Adornado de tu noble beneficencia, dejate estrechar entre nuestros brazos; no reuses las expresiones de la gratitud, y los tiernos cuidados de la amistad. Abracemosnos... (*se abrazan*) Espero no haberte hallado para haber de perderte. (*Vase.*)

ESCENA V.

BARON *solo.*

Da algunos pasos por la Escena, como absorto y distraido; párase de repente y llama á FRANTZ.

FRANTZ. (*sigue paseándose*)

ESCENA VI.

BARON *y* FRANTZ.

FRANTZ, *que llega.*

Señor.

BAR. Mañana nos vamos.

FRANTZ. Sea en buen hora.

BAR. Y acaso á un pais lejano.

FRANTZ. Donde usted guste.

BAR. Quizá á otra parte del mundo.

FRANTZ. Estoy pronto á seguir á usted.

BAR. Tranquílos habitantes del Océano pacífico, quiero retirarme á vivir entre vosotros. Dicen que el robo es vuestra única debilidad: ¿y qué importa? solo me despojareis del vano resto de mis riquezas: el bien para mi mas precioso, la tranquilidad de la vida, me le han robado en Europa. Sí;

quiero sepultarme en qualquier parage ignorado; sea el que fuere, estaré bien donde quiera que no halle los hombres, ni las costumbres de los paises que llaman civilizados... ¿Entiendes Frantz? Mañana á la aurora.

FRANTZ. Estoy enterado.

BAR. Pero... Frantz; es necesario que evaques antes una comision tan importante como delicada. Baja á la aldea; toma allí un carruage y vete en él al pueblo vecino, á casa de la persona que dice este sobrescrito. (*le da un sobrescrito*). Al poner del sol ya puedes estar de vuelta. Voy á darte una esquela, en la qual te autorizo para que puedas traherte mis dos hijos.

FRANTZ. ¿Hijos de usted, señor?

BAR. Los recibirás de mano de su aya, y me los traherás acá.

FRANTZ. ¡Con que usted tiene hijos!

BAR. Sí: ¿qué te admira?

FRANTZ. ¡Pero es posible que en tres años que sirvo á usted, no se le haya escapado una palabra sobre este asunto!.... ¿Con que usted ha sido casado?

BAR. No me atormentes con preguntas inutiles: disponte para marchar.

FRANTZ. Con un instante me basta.

BAR. Ya te sigo: voy á escribir.

ESCENA VII.

El BARON *solo.*

Sí; quiero acostumbrarme á verlos. Estos inocentes no deben quedar abandonados al riesgo de una perniciosa educacion. Ah! vivan primero ignorados, en compañía de su infeliz padre; sean su diversion el arco y las flechas, y su única ciencia el arte de manejarlas. Que no aprendan, que no sepan nada; así serán menos infelices.... No me engaño; ya vienen ácia acá por el camino ancho... Voy á despachar á Frantz, y volveré por la última vez á cumplir con lo que llaman atencion, y con la amistad. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

La CONDESA, *y* HORST.

HORST. Dime, hermana, yo te lo ruego: ¿has hablado con Mad. Miller?

CONDESA. Sí.

HORST. ¿Y bien?

CONDESA. Nada tengo absolutamente que decirte, que te pueda dar la menor esperanza.

HORST. ¿Es casada?

CONDESA. Nada exîjas de mí.

HORST. ¿No le agradan mi persona, ni mis intentos?

CONDESA. Permiteme que no te dé una respuesta que pudiera afligirte.

ESCENA IX.

Los MISMOS, *el* CONDE *y* EULALIA.

CONDE. Caspita! oy es propiamente quando estoy de fatiga: gracias á que la compañía de Mad. Miller le hace á un hombre olvidarse de que se cansa. Y bien, Mayor, y nuestro incógnito? Su extravagancia nada le quita al mérito de su beneficencia. Vuelvo aquí gustoso por recibirle: pero es preciso que no sea tan rígido, y que sea de los nuestros: en el campo nunca es demasiada la compañía.

HORST. Dudo que él aumente el círculo de la nuestra: parece que está resuelto á partir mañana.

CONDESA. Esto es lo que no se le debe permitir.

HORST. Voy á presentartele: mas creeme, Conde; no exâsperes su caracter singular con instancias importunas. Si es que alguna cosa puede cautivarle, será la franqueza de vuestra acogida. (*Vase.*)

ESCENA X.

El CONDE, *la* CONDESA, EULALIA.

CONDE. Condesa, aora es la ocasion de ayudarnos. Es preciso que despliegues toda tu sagacidad para convertir un salvage, qual nos pintan á este incógnito; es una cura digna de tí.

CONDESA. Ciertamente que, segun lo que he oido decir, mereceria la pena esta conquista: ¿mas quién podria lisongearse de hacerla en un instante, quando los hechizos de Mad. Miller no han podido conseguirlo en quatro meses?

EUL. A la verdad, no me ha proporcionado el estrangero ocasion de hacer en él la prueba de lo que V. E. quiere llamar mis hechizos; porque aun no le he visto una vez siquiera.

CONDESA. Oh! son ustedes singulares uno y otro!... Mas sin duda viene allí con el Mayor.

ESCENA XI.

Los MISMOS, HORST *y el* BARON.

CONDE *adelantándose á recibir al* BARON.

Seais bien venido, valiente y generoso extrangero...

Adelantase el BARON, *pónese en frente de las Damas y les hace cortesía: mirale* EULALIA, *da un grito, y cae desmayada en los brazos de la* CONDESA. *El* BARON *la mira, y da tambien un grito: la sorpresa y el horror se manifiestan en su semblante; huye precipitadamente á su habitacion. Mientras* HORST, *sórprendido de este acontecimienco, ayuda á la* CONDESA *á llevar á* EULALIA *al pavellon, el* CONDE, *asombrado, vé salir al* BARON, *y dirigiendo sus miradas al otro grupo, permanece absorto, y despues entra en el pavellon.*

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

El CONDE *y* HORST, *que salen del pavellon.*

CONDE. Preguntarte, Mayor, qué viene á ser todo esto, creo que de nada me servirá; porque ó no lo sabes, y así no me lo podrás decir; ó si lo sabes, y este es un secreto que te se ha confiado, no podrás satisfacer mi curiosidad.

HOSRT, *como distraido y no acertando con las palabras.*

Tú lo has dicho todo.

CONDE. Ya lo presumia yo. Por lo que hace á la hermosa desmayada, ya por fin volvió en sí. Su primer cuidado fue pedir recado de escribir; mi presencia y la tuya parecia que la incomodaban: hemosnos salido; pero, segun las señas de inteligencia que he advertido en tí y en la Condesa, me parece que sabeis mas de lo que quereis ó podeis decirme.

HORST. No nos envidies, Conde, esta triste ventaja.

COND. Yo me retiro, pues creo que os soy inútil, quando menos. Me vuelvo á la Quinta

y allí aguardo. Te encomiendo, Mayor, la conclusion de esta aventura; haz quanto puedas por reducir y conservarnos ese hombre singular, que me inspira el mas vivo interés. No cabe duda; esa Madama Miller no le es desconocida ni extraña .. podrá ayudarnos á detenerle... aunque tambien puede que este acontecimiento nos exponga á perderla... y en ello pudiera haber mas bien que mal: esta admirable muger creo que acabaria por sernos perjudicial; á mí porque tengo una esposa; y á tí, Mayor, porque no la tienes. Ya me entiendes. A Dios.

ESCENA II.

HORST. *solo.*

Permanece un momento absorto en una profunda distraccion.

Engañosa esperanza! vana imagen de la felicidad! Yo alargaba ácia tí los brazos y te has disipado como una nube! El misterio está ya descubierto... Yo adoraba á la esposa de mi amigo.... Y bien! acaso no me será imposible reunir dos almas que fueron dignas una de otra, y de las quales la una solo ha dejado de serlo por una fatalidad del destino... Ah! si restituyo á mi amigo la felicidad que huye de mí, nada habré perdido.

ESCENA III.

HORST, *la* CONDESA, EULALIA.

CONDESA. Nos habeis dejado solas, hermano. ¿Donde está mi esposo?

HORST. Respeta un misterio, que le tiene sorprendido: se ha vuelto á la Quinta, donde nos aguarda.

EUL. ¡Ay Señora, ¿cómo podré perdonarme las inquietudes que os causo?

HORST *á* EULALIA.

Madama, los momentos son preciosos: el Baron piensa alejarse mañana de nosotros; busquemos los medios de restituiros al mejor de los hombres, al mas apreciable de los esposos?

EUL. ¿Qué es lo que habeis dicho?... ¿me conoceis?

HORST. El Baron, Madama, es amigo mio desde mis primeros años: hemos seguido juntos la carrera del honor. Siete años ha que nos separámos: y la ignorancia en que estaba acerca de su suerte, era uno de los disgustos de mi vida; la casualidad nos ha reunido. Su corazon se ha dilatado, depositando sus penas en el mio.

EULALIA, *los ojos bajos.*

Aora conozco lo que es no poder sufrir la presencia de un hombre de bien. Ah! dignaos, Madama dignaos ocultarme de mí mis-

ma. *La* CONDESA *la recibe en sus brazos.*

HORST. Si los remordimientos mas sincéros; si una conducta irreprensible, observada por tanto tiempo, no dan derecho á la clemencia de los hombres; ¿qué podriamos esperar de la clemencia del Cielo? Muger desventurada! vuestra virtud se adormeció un instante; el vicio sacó partido contra ella de este fatal momento: mas volvió aquella en sí prontamente, recobró y afirmó su imperio en vuestra alma. Ah! bastante habeis expiado vuestro error! Conozco á mi amigo; á la noble firmeza de su sexô une la delicadeza del vuestro. Voy corriendo á verme con él; me constituyo vuestro defensor, y voy á emplear en esta empresa todo el ardor de la amistad. Dichoso yo si puedo asegurarme el recuerdo de un momento que será el consuelo de toda mi vida. Esperadlo todo: voy volando. (*Quiere irse.*)

EULALIA, *deteniéndole.*

¿Qué quereis hacer, Señor? El honor de mi esposo es sagrado para mí; le amo mas de lo que puedo expresar. Mas aunque tuviese la generosidad de perdonarme... jamás, jamás volveria á ser la esposa de vuestro amigo.

HORST. Hablais seriamente, Madama?

EUL. No soy tan débil que quiera huir del castigo que merezco. ¿Qué seria mi arrepentimiento si quisiese sacar de él algunas venta-

jamas, que la de hacer menos crueles los gritos de mi conciencia?

HORST. Pero si vuestro mismo esposo...

EUL. No lo hará; ni puede hacerlo.

HORST. Es que os ama todavia.

EUL. No debe amarme ya; debe preservar su corazon de una debilidad que le deshonra.

HORST. Muger inconcebible! ¿con qué nada le permitís al zelo que me anima?

EUL. Perdonad, Señor Mayor; dos cosas tengo que suplicaros, cuyo cumplimiento es para mí de suma importancia. Muchas veces quando, viéndome agobiada con el horrible peso que me causaban mis penas y la memoria de su causa, desesperaba de tener en ellas consuelo alguno; me parecia que podria, á lo menos, experimentar un poco mas tranquilidad, si la suerte prosperase el voto que me atrevia á formar de ver todavia una sola vez á mi esposo, hacer á sus pies la confesion de mis crímenes, y separarme despues de él para siempre. Esta es la primera de mis súplicas; poderle hablar algunos minutos... si es que puede soportar mi vista sin repugnancia. Mas no presuma que intento hacer el menor esfuerzo por alcanzar mi perdon: viva convencido de que no pretendo restablecer mi honor á expensas del suyo... La segunda de mis súplicas es tener nuevas de mis hijos.

HOSRT. Si la humanidad, si la amistad no han

perdido sus derechos sobre el corazon de Meinau; no dudara condescender á vuestras súplicas. Dejad una y otra por algunos instantes las inmediaciones de su morada, á fin de que no tenga ningun pretexto para negarse á verme; pero no os alegeis. Voy corriendo á serviros.

La CONDESA, *dandole la mano, en señal de su gratidud y amistoso afecto.*

COND. Ay hermano! oy te estimo mas que nunca.

EULALIA *dirige á* HORST. *una mirada que expresa su reconocimiento; despues toma con ardor la mano de la* CONDESA, *quien la abraza afectuosamente, y se va con ella.*

ESCENA IV.

HORST, *solo.*

No hay en la tierra dos almas semejantes! No deben estar separadas... la debe perdonar... Perdonarla!... ¿Y qué podré responder á mi amigo, quando me oponga ese punto de honor, que no siempre es una quimera? ¿Quando me pregunte si quiero hacerle el ludibrio de la sociedad?... ¿Qué le podré decir, sin faltar á mi conciencia?... ¿Mas una muger como Eulalia no es una excepcion de regla?... Una muger sin experiencia, presa en las redes de un seductor, y cuyo arrepen-

timiento ha sido tan largo, tan verdadero, tan severo!.. Pero ay! que el mundo no admite semejante escusa... El mundo... Y bien, mi amigo debe huirle, ocultarse de él para siempre. ¿No sabrá Eulalia indemnizarle de esta pérdida? Aun reina en su corazon; y en esta seguridad fundo la esperanza del buen éxîto de mi empeño.

ESCENA V.

HORST, FRANTZ, EUGENIO, AMELIA.

Entran por el bastidor que está detras del pavellon.

EUG. Yo estoy un poco cansado.
AMEL. Y yo tambien.
EUG. Está todavía lejos de aquí la casa?
FRANTZ. Vamos á llegar á ella al instante.
HORST, *mirando á los niños.*
Detengase usted un momento... ¿Quienes son estos niños.
FRANTZ. Son los hijos de mi amo.
AMELIA, *señalando á* HORST.
Es este papá?
HORST, *aparte.*
Qué rayo de luz! (*A* FRANZT). Amigo, escuche usted una palabra. Yo sé que usted quiere á su amo: han sucedido cosas muy estrañas.

FRANTZ. ¿Pues qué ha sucedido?

HORST. Su amo de usted ha encontrado á su esposa.

FRANTZ. De veras? ¡quanto me alegro!

HORST. Es Madama Miller.

FRANTZ. Ella! su muger!

HORST. Sí amigo; pero quiere separarse de ella.

FRANTZ. ¿Es posible?...

HORST. Esto es lo que conviene impedir.

FRANTZ. Sí, sin duda.

HORST. La repentina vista de estos niños puede servirnos de mucho para este intento.

FRANTZ. ¿De qué modo?

HORST. Llevelos usted á aquel pavellon; téngalos allí ocultos; antes de un quarto de hora le diré lo demas.

FRANTZ. Pero...

HORST. No me pregunte usted mas, yo se lo ruego: los momentos son preciosos. (*Los lleva prontamente al pavellon.*)

ESCENA VI.

HORST, *solo.*

Brabo! Mucho me prometo de este escusable artificio. Sí; la inocente sonrisa de los niños abrirá camino á su corazon, si es que no pueden penetrarle las dulces miradas de la madre.

ESCENA VII.

HORST, *y el* BARON.

Al salir el BARON, *recorre con la vista las inmediaciones de su morada, como manifestando desconfianza. Vase ácia él* HORST, *le trahe á la escena, estrechandole entre sus brazos.*

HORST. Y bien, querido amigo; ¿no eres ya menos infeliz?

BAR. ¿Por qué?

HORST. Ya la has hallado.

BAR. Muestra desde lejos á uno que todo lo ha perdido, el tesoro que poseyó en otro tiempo, y dile que es feliz.

HORST. ¿Y porque no, si pende de él volverle á poseer, y hacerse tan rico como antes?

BAR. Te entiendo. ¿Vienes de parte de mi muger? Nada conseguiras.

HORST. Aprende á conocerla mejor. Vengo enviado por ella; mas no encargado de interponer mi mediacion para reuniros. Ella es quien, amandote con ardor, no pudiendo ser feliz sin tí, reusa la sola idea de perdon; porque (son sus mismas expresiones) tu honor es incompatible con una debilidad semejante.

BAR. Bagatelas!... Si pensarán sorprenderme.

HORST. Carlos, piensalo bien. Eulalia es una escelente muger.

BAR. Abrevia, y dí la verdad. ¿A qué has venido aquí?

HORST. Por muchas razones. En primer lugar, vengo á nombre mio, como amigo tuyo, como tu camarada, para pedirte que no deseches á Eulalia; pues (te lo juro por el cielo) jamas hallarás otra igual.

BAR. No te canses en valde.

HORST. No lo niegues; la amas todavia.

BAR. Ah! demasiado!

HORST. Sínceros y dilatados remordimientos han expiado su culpa. ¿Qué te impide volver á ser tan feliz como lo fuiste otro tiempo?

BAR. Toda muger que ha sido capaz de faltar una vez al honor, puede faltar á él segunda vez.

HORST. Pero no Eulalia. Si su estremada juventud, época de su fatal estravio, no basta para hacerla escusable; ten presente, á lo menos, que le ha expiado con tres años de una conducta tan irreprensible, que la mas osada calumnia no acertaria á hallar en ella la menor tacha.

BAR. Aun quando yo creyese todo eso (porque no puedo ocultarte que deseo creerlo) no puede ya ser mia. ¿Será necesario que te recuerde la imperiosa opinion que pone para siempre una barrera impenetrable entre ella y yo?

HORST. Eh! ¿qué te importa la opinion de los hombres? Quien ha sabido, como tú, bastarse á sí mismo, por espacio de tres años, puede sin repugnancia consagrarse á la soledad en compañia de la mas tierna amiga.

BAR. Lo entiendo; todos y, hasta mi mismo corazon, os conjurais contra mi razon: pero es en vano. Por Dios, amigo, no hables mas sobre el asunto, ó sino me retiro.

HORST. Basta de esto. Ya he cumplido con los deberes de la amistad. Aora solo me resta cumplir con el encargo que me ha hecho tu esposa. Quiere verte por la última vez, se quiere despedir de tí. ¿Podras negarle este consuelo?

BAR. Entiendo tambien donde va á parar eso. Se lisongea de que mi firmeza podrá ceder á su vista y á su llanto: se engaña... Bien puede venir.

HORST. Y hacerte ver quan mal has conocido su caracter. Voy á buscarla.

BARON, *presentandole un pergamino arrollado y una caja.*

Escucha antes una palabra, amigo. Dale estas cosas, pues son suyas. Quisiera que ella las tuviese...

HORST. Eso lo puedes hacer tu mismo. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

El BARON, *solo.*

Ahora bien, Meinau! Ya se acerca el último momento dichoso de tu vida... La verás!... verás á la que es dueña de toda tu alma... Ah! ¡qué no me fuese licito volar adonde está! estrecharla contra mi corazon palpitante!... ¿Mas qué digo? ¿Es este el lenguage de un esposo ofendido? Ah! demasiado lo conozco; esta especie de honor, este fantasma de la imaginacion, solo está en nuestra cabeza... no, no está en el corazon... Mas no importa: esto es hecho; mi suerte ya está echada. La hablaré, sin aspereza, ni debilidad: no saldrá reconvencion alguna de mi boca... Su arrepentimiento es sincero... Quiero que su suerte sea, por lo menos, soportable... que no viva mas tiempo reducida á servir, para asegurar su subsistencia. Quiero que de nadie dependa; y que su fortuna le permita satisfacer su inclinacion á la beneficencia. Ya viene... ¡Orgullo, honor ofendido, despertaos, y protegedme!

ESCENA IX.

El BARON, EULALIA, *la* CONDESA *y* HORST.

EULALIA, *adelantándose con paso lento y tremulo.*

Ah Señora! (*á la Condesa que quiere sostenerla*) generosa Condesa, dejadme. Tuve valor para hacerme rea, el cielo me le dará para expresar mi arrepentimiento.

La CONDESA *y* HORST *se entran en el pavellon.*

EULALIA *se acerca al* BARON, *quien, vuelta la vista á otro lado, espera, sumamente agitado, que empieze á hablar aquella.*

EUL. Señor Baron...

BARON, *sin volver la cabeza, la dice con afabilidad, pero agitado.*

¿Qué quieres de mí, Eulalia?

EULALIA, *consternada.*

No... por Dios... no... ese tono de bondad... ah! no le esperaba yo; despedaza mi corazon... No... yo os lo suplico, hombre generoso; herid con voz aspera y dura los oidos de una criminal.

BARON, *procurando hablar en tono mas firme.*

Y bien, Madama...

EUL. Ah! si quisierais aliviar mi corazon; si os dignaseis hacerme reconvenciones.

BAR. Reconvenciones! Harto expresadas estan en mis ojos amortiguados y en mi denudado semblante. Si no he podido evitar estas mudas reconvenciones, mi boca no aumentará, por lo menos, vuestras penas.

EUL. Si yo fuese una criminal rebelde, seria para mí un beneficio ese silencio: mas el verdadero arrepentimiento está en lo íntimo de mi corazon; y ese magnanimo silencio me agovia y anonada. Ah! yo debo declarar...

BAR. No mas declaraciones, Madama: lo sé todo, y os dispenso de toda humillacion. Mas vos misma conoceis que, en vista de lo que ha pasado, debemos vivir separados para siempre.

EUL. Lo sé. Y así no vengo á implorar mi perdon; ni tampoco he concebido la menor esperanza de conseguirle. Hay crimenes que redoblan el deshonor quando el hombre se lisongea que podran borrarse algun dia. Todo lo que yo me atrevo á esperar, es oir de vuestra boca que no maldecireis mi memoria.

BARON, *enternecido.*

No, Eulalia, no; yo no te maldigo. Tu amor hizo mi felicidad en los mas venturosos dias de mi vida... No... jamas maldeciré tu memoria.

EULALIA, *sumamente agitada.*

Convencida intimamente de que soy indig-

na de vuestro nombre, he usado, tres años hace, de uno supuesto: mas esto no es bastante; debeis recibir de mi mano un acto de divorcio, que os autorize á tomar una esposa mas digna de vos. Acabo de estender este acto voluntario: vedle aquí... En él está incluida la confesion de mi crimen. (*Le da un pliego.*)

BARON, *le toma y hace pedazos.*

Quede aniquilado para siempre. No, Eulalia, tu sola has reinado en mi corazon, y, no me avergüenzo de decirlo, tú sola reinaras siempre en él. Tus honrados sentimientos te prohiben sacar partido de mi debilidad; y si lo intentaras, el cielo es testigo de que esta debilidad cede á las inflexîbles leyes de mi honor. Pero jamas otra muger ocupará en mí el lugar de Eulalia.

EULALIA, *temblando.*

Solo me resta por última despedida...

BAR. Escucha un momento, Eulalia... Durante algunos meses nos hemos querido y estimado sin saberlo. Tienes un alma sensible á las necesidades de los infelices... Justo es que no carezcas de medios con que satisfacer esa generosa inclinacion. Tambien es justo que tú misma no conozcas la necesidad. Este escrito te asegura una decente pension de que podras disponer.

EUL. Jamás, jamás: el trabajo de mis manos me debe alimentar. El pan humedecido con las lágrimas del arrepentimiento contribuirá mejor á mi tranquilidad, que un bien estar, del que habria de gozar á expensas de los bienes de un hombre, á quien he vendido tan vergonzosamente.

BAR. Tomad, Madama, tomad.

EUL. Tengo merecida esta humillacion; pero imploro vuestra misma magnanimidad. Escusadme....

BAR. Oh Dios! ¡qué muger me arrevató á aquel malvado! (*Mete el pliego en el bolsillo.*) Bien Madama.... respeto vuestros sentimientos: no insisto ya mas; pero es con la condicion de que si llegaseis á tener necesidad algun tiempo, seré el primero.... el único á quien acudireis francamente.

EUL. Lo prometo.

BAR. Otra cosa me atrevo á suplicaros, y es que, á lo menos, recogereis lo que es vuestro. (*La presenta una caja, que contiene varias joyas.*)

EULALIA *la recibe con agitacion, la abre, contempla un momento lo que hay en ella, y derrama algunas lagrimas.*

Ah! todos estos objetos me recuerdan los instantes en que, digna de vos y de mi padre, fuí colmada en varias ocasiones de vuestras bondades y de las suyas. Coronad vuestra piadosa generosidad volviendo á recibir

esta caja. (*Saca de ella una joya.*) Solo acepto esta joya que recibí despues de haber dado á luz á mi querido Eugenio, y la conservaré siempre. (*Vuelve la caja al* BARON, *quien la recibe apartando la vista, por ocultar su enternecimiento igual al de* EULALIA.

BARON *aparte.*

Esta es una situacion demasiado violenta; yo no lo puedo resistir... (*Se vuelve ácia* EULALIA *y le dice con un tono que expresa la turbacion que la agita.*

Eulalia... á Dios.

EULALIA, *deteniéndole con timidez.*

Ah! deteneos un instante.... Dignaos responder á una pregunta... tranquilizad el corazon de una madre..... ¿Mis hijos viven todavia?

BAR. Sí, viven.

EUL. ¿Estan buenos?

BAR. Sí, estan buenos.

EULALIA, *levantando al cielo las manos.*

Dios mio! os doy las gracias. Mi Eugenio... vuestra Amelia...

El BARON, *violentamente agitado y combatido por el amor y el honor, permanece sin hablar palabra.* EULALIA *prosigue con mayor viveza y ardor.*

¡Oh el mas generoso de los hombres! suplicoos me concedais ver por la última vez á mis hijos, antes de nuestra separacion; estrecharlos en mi seno, y admirar en ellos los rasgos de su respetable padre. (*Perma-*

nece un momento en silencio.) Ah! si supieseis quanto ha suspirado mi corazon en el discurso de estos tres terribles años! ¡Qué de lágrimas derramaban mis ojos quando se presentaban á mi vista algunas inocentes criaturas de la edad de mis hijos! Ah! permitidme que los vea una sola vez!... que los dé un solo abrazo maternal... y me separaré de ellos.... y de vos... para siempre.

BAR. Los verás Eulalia... esta tarde misma. Los espero de un momento á otro.... Luego que lleguen los enviaré á la Quinta; podrás, si quieres, tenerlos hasta el amanecer; pero que vuelvan luego á su desgraciado padre. (*Permanecen un momento en silencio.*)

EUL. Con que ya nada tenemos que decirnos en esta vida! (*Con toda la resolucion posible.*) A Dios ¡oh el mas noble y generoso de los hombres! (*Le ase timidamente la mano.*) Olvidad á una desventurada.... que jamás os olvidará.... (*Se arroja de repente á los pies del* BARON *y dice.*) Ah! permitidme que estreche por última vez contra mis labios esta mano que otro tiempo fue mia!

ESCENA X. Y ULTIMA.

Los MISMOS, *la* CONDESA *y* HORST.

La CONDESA *tiene en sus brazos al niño, y* HORST *á la niña. Bajan poco á poco, de suerte que no puedan hallarse cerca del* BARON *y de* EULALIA *hasta el momento de su último, á Dios.*

El BARON, *apresurandose á levantar á* EULALIA.

No mas abatimiento, Eulalia (*apretandole la mano.*) A Dios.

EULALIA, *ya levantada, y asida su mano con la del* BARON.

Para siempre!...

BAR. Para siempre!!!....

EUL. ¿Nos separamos sin resentimiento alguno de parte vuestra?

BAR. Sí, Eulalia.

EUL. Por fin, quando haya expiado suficientemente mis crimenes, nos volverémos á hallar en otro mundo mejor....

BAR. Allí no reina preocupacion alguna: allí volverás á unirte conmigo para siempre.

Se tienen asidos ambos por las manos; miranse uno á otro dolorosamente, y se dicen con una trémula voz:

A Dios....

Separanse: mas al volver el rostro encuentra EULALIA *junto á sí á la* CONDESA, *que levanta en alto al niño y se le presenta á su madre. Tomale* EULALIA *en sus brazos, y le estrecha contra su corazon. Lo mismo hace por el otro lado* HORST., *quien presenta la niña á Meinau.*

MEINAU, *se desprende de los brazos de su hija, y exclama volviendo ácia* EULALIA.

Eulalia mia..... abraza á tu esposo.

Abrazanse los dos de repente; y al mismo tiempo los dos niños levantados en alto por HORST *y la* CONDESA, *se abrazan con su padre y su madre.*

(Cae el telon.)

FIN.

3 0112 098518753